

Alexandre Dumas

La paloma

Carta primera

5 de mayo de 1637.

Bella paloma de plumaje nacarado, cuello de tornasol y patitas rojas; ya que tu prisión te parece tan cruda que quieres suicidarte dándote en los hierros de tu jaula, te vuelvo la libertad. Pero como sin duda tú no quieres dejarme, sino para buscar una persona a quien aprecies más que a mí, he tenido tentaciones de vengarme de tu ingratitud. Declaro, pues, que he tratado de hacerte pagar con una cautividad eterna el favor que te hice, porque el corazón humano es tan egoísta que no hace nunca nada sin exigir una recompensa, que a veces excede con mucho al beneficio hecho. Vete, pues, gentil mensajera, vete a presentar mis respetos al que o a la que te llama, a pesar de la distancia, y a quien buscas atravesando con los ojos el espacio. Este billete que ato a tu ala es la salvaguarda de tu fidelidad. Adiós, pues, la ventana está abierta y el aire te espera... adiós.

Carta segunda

6 de mayo de 1637.

Quien quiera que seáis, os doy las gracias por haberme vuelto mi única compañera; pero ya veis, vuestra buena acción no quedará sin recompensa. Como si la encantadora mensajera que me ha traído vuestra carta comprendiese que tenía que daros las gracias, y que no podía hacerlo por ignorar dónde residís, ha manifestado en mi casa la misma inquietud que en la vuestra. Ayer dio señales de alegría por volverme a ver; pero hoy conozco que no la satisfago completamente, y que no quiere pertenecerme con exclusión de toda otra persona. A pesar de la opinión contraria, juzgo que se dobla lo que se padece si se reparte. Así tendremos cada uno nuestro iris, porque mi paloma se llama así. Yo le puse este nombre por la previsión sin duda de que un día sería para vos un iris llevándoos mis cartas, e igual lo sería para mí trayéndome las vuestras. Espero que me explicaréis qué favor hicisteis a mi paloma, y cómo fue a parar a vuestras manos. Os admiraréis, quizás, de que yo me explique así con un desconocido o desconocida; pero vos debéis tener una alma sensible, porque me habéis vuelto mi paloma. Además, el billete que le pusisteis en el ala, indica que sois una persona de buena educación, y no escasa de talento. Todas las almas sensibles son hermanas; todos los ingenios superiores son hermanos. Tratadme, pues, de hermano o de hermana, según queráis, porque necesito dar a quien quiera que seáis ese título de hermano o hermana que no he dado a nadie.

«Mi querida Iris, vas a volver a donde has venido, y vas a decirle al que te envió a mí que te devuelvo a él o a ella, y añádele que me alegraría más que fuese ella y no él.

Vete, Iris, y piensa en que te aguardo».

Carta tercera

El mismo día, después del toque de oraciones.

Hermana mía:

¿No es verdad que no acusáis ni a Iris ni a mí? Yo me hallaba en mi cuarto cuando llegó vuestra mensajera, pero tenía la ventana abierta para recibir los primeros soplos de la brisa de la tarde; Iris entró, y como si esta hermosa ave hubiese comprendido que tenía que entregar una carta y llevar una respuesta, ha esperado con paciencia mi vuelta. Cuando entré, voló desde la mesa en que estaba a mi hombro.

En la larga carrera que he hecho pasando por los diversos grados de la grandeza humana, he encontrado siempre mezcladas las emociones tristes con las alegres. Pero nunca he tenido un rato tan desagradable como el que experimenté al devolveros vuestra paloma, cuyo nombre ignoraba, nombre predestinado, como decís muy bien, creyendo que me separaba de ella para siempre. Tampoco puede haber mayor placer que el que tuve al volverla a ver en mi cuarto, sobre todo cuando sentí el aire que agitaba con sus alas al venirse a posar en mi hombro. ¡Dios mío! Para el hombre, esclavo eterno de todo lo que le rodea, habéis hecho relativos los placeres y los dolores. El que no ha llorado al perder un reino, y aquel a quien no estremeció el cadalso, llora al ver volar un pájaro por el espacio, y se estremece al ruido de sus alas. Ese es uno de vuestros misterios, Dios mío, que respeto, pues bien sabéis que no hay un devoto más humilde y más fervoroso que el que se postra ahora ante la cruz de vuestro divino hijo, para glorificaros y para bendeciros.

Eso es lo que me dije a mí mismo al volver a ver la paloma que creía perdida para siempre, y antes de leer el billete de que era portadora. Después que le leí, caí en un éxtasis profundo.

¿Cómo, me pregunté a mí mismo, pobre náufrago, viene la amistad a buscarme ahora que había hecho las paces con la tempestad y fraternizado con la muerte? ¿Por qué, Dios mío, echar mano de esta tabla flotante, último resto acaso de un navio naufragado como el mío, para sacarme del océano donde ando perdido? ¿Deberé volver a entregarme a la esperanza, o continuaré alejándome cada vez más de las ilusiones y variedades de la tierra?

Ya veis, hermana mía, que esto era un grande asunto de meditación. Tenía a Dios sobre mi cabeza, el abismo a mis pies, y a mi alrededor el mundo, a quien no veía porque cerraba los ojos, y a quien no oía porque le cerraba mis oídos. De repente todo ha cambiado para mí; aunque sea una imprudencia, vuelvo a abrir los ojos y los oídos. Quizá mi imaginación me alucine; quizá considere un hecho insignificante como un acontecimiento extraordinario.

Vos, hermana mía, me pedís una narración sencilla, y voy a complaceros. Hace ocho días que estaba en mi jardín leyendo. ¿Queréis saber lo que leía? Leía ese tesoro de amor, de religión y de poesía que se llama «Las confesiones de San Agustín». Al leerlas, mi alma estaba absorta contemplando el alma del bienaventurado obispo que tuvo una santa por madre, y que fue santo también.

De repente sentí sobre mi cabeza el ruido de unas alas, y cayó a mis pies una paloma que parecía implorar mi auxilio, perseguida de cerca por un gavilán, entre cuyas garras y pico había dejado algunas plumas. Dios sin duda dijo a este animal que en mí hallaría protección, así como en el gavilán la muerte. La cogí toda trémula y algo ensangrentada, y la puse en mi pecho, donde se ocultó, cerrando los ojos y palpitando, al ver al gavilán que se había puesto en la cima de un árbol.

Por cinco o seis días el gavilán no dejó sino por algunos instantes el árbol, acechando su presa.

Por su parte la paloma también conocía sin duda que el gavilán estaba allí, porque en estos cinco o seis días se mostró tan resignada con su prisión, que ni aún quiso acercarse a la ventana. Por fin, antes de ayer desapareció el gavilán, y el instinto de la cautiva debió decirle que su enemigo se había ido, porque al punto se arrojó con tal frenesí sobre los cristales, que faltó muy poco para romperlos. Desde aquel momento ya no fui para ella un protector, sino un tirano. Mi habitación dejó de ser su asilo y se convirtió en su cárcel. Todo un día ocupé en reconciliarla conmigo, pero ella se resistió. En fin, ayer tuve compasión de ella, escribí la carta que habéis recibido, y con lágrimas en los ojos le abrí la ventana por donde creí verla desaparecer para siempre.

Después he pensado varias veces en ese gavilán que estuvo en acecho tanto tiempo. Veía en él al enemigo del género humano, que está en todas partes y en ninguna, a ese espíritu invisible que anda dando vueltas a nuestro lado *quoerens quem devoret*, (buscando a quien devorar).

Aún cuando no tuviese un placer en volver a ver esta paloma y en recibir vuestras cartas, os suplicaría que me contaseis de qué modo os dejó Iris, ya que yo os he referido de qué modo vino a mi poder.

Mañana, a la luz del alba, partirá la mensajera llevando esta carta.

Carta cuarta

10 de mayo, por la mañana.

He tardado tres días en contestar, como veréis por la fecha, porque vuestra carta no me dejaba duda alguna. Esperaba llamaros mi hermana, y hoy tengo que renunciar a escribiros, o daros el título de hermano.

Vos teméis volver a entrar en la agitación del mundo; vos habéis dejado al mundo por la soledad; vos habéis pasado por los diversos grados de la grandeza humana. Sin duda debisteis estar colocado en uno de los primeros puestos del mundo terrenal para atravesar en vuestra caída los espacios intermedios.

Vos habéis quizá perdido un reino sin temblar, según decís, ante el patíbulo ni a la vista de grandes catástrofes. Por consiguiente, habéis vivido como los grandes y habéis tenido parte sin duda en la lucha de los príncipes, ¿cómo queréis que concilie vuestra edad, porque vos sois joven sin duda, con vuestra beatitud y conpunción?

Y sin embargo, ¿qué interés podríais tener en engañarme? Vos no me conocéis, vos no sabéis si soy noble o plebeya, joven o vieja, bonita o fea.

Por otra parte, a vos no os importa más saber quién yo soy, que a mí el saber quién sois vos. Somos dos criaturas extrañas, separadas y desconocidas, y que ningún otro poder podría materialmente reunir.

Pero fuera de esa reunión material hay la comunión del pensamiento y la fraternidad de las almas, festín misterioso donde se bebe en la misma copa la palabra del Señor y los rayos de fuego del Espíritu Santo.

Esto es todo lo que deseo de vos, y esto es todo lo que vos podéis pedir de mí. Convenido esto, si existe alguna simpatía entre nuestras almas, ¿qué mal puede haber en que nuestros espíritus se comuniquen a través del espacio, como lo harían los rayos de dos estrellas amigas que cruzasen en las soledades etéreas del firmamento?

Voy a referiros como salió Iris de mi habitación.

La víspera del día en que vos le salvasteis la vida, estaba yo rezando de rodillas, y una luz se hallaba próxima a la cuidadora de mi cama. Hacia medianoche me quedé dormida. No habían transcurrido diez minutos, cuando la puerta de mi habitación, mal cerrada, se abrió impelida por el viento, y agitándose la colgadura, apagó la luz y se prendió fuego. En un instante mi cuarto que es pequeño, se llenó de humo y calor; desperté medio sofocada, y vi a mi pobre paloma que revoloteaba en el humo. Le abrí la ventana por la que salió volando. A pesar de la oscuridad, la vi atravesar los árboles en que pasaba continuamente una parte del día. Esperando que volviese al amanecer, dejé abierta la ventana; pero transcurrió el día, y no apareció. Espantada por el incendio, se alejó cuanto pudo, y al siguiente día la persiguió el gavilán, de

quien vos la protegisteis. Vos la conservasteis en vuestro poder algunos días, al cabo de los cuales oí un ave revolotear en mi ventana. Era mi fugitiva que traía consigo su disculpa, que, aunque no la hubiese traído, estaba perdonada.

Esta es la historia de la pobre Iris, y lo que vos queríais saber. Si no tenéis más que preguntarme, la paloma volverá sin billete. Yo comprenderé lo que esto significa, y os escribiré. Adiós, hermano mío, el Señor os acompañe.

Carta quinta

11 de mayo.

Iris ha vuelto sin billete. La pobrecita parece como que teme presentármese privada de su categoría de mensajera.

Querida Iris, esto significa que me perteneces a mí sola, que el astro que se había presentado en nuestro horizonte se ha eclipsado. El hermano era un extranjero, y el amigo un indiferente.

Esto, querida mía, lo escribo para mí misma; a ti te digo que lloro; a ti te digo que soy desgraciada. ¡Dios mío! Vuestra justicia no se engaña nunca; pero los tiros que reserváis a los culpables, mal dirigidos alguna vez por un ángel invisible, alcanzan a los inocentes. Los dolores de esta vida, según nos dicen, preparan la felicidad de la otra. Sin embargo, ¿por qué ha de sufrir el que nada ha hecho, o el que si acaso cometió alguna falta, nunca ha transigido con el crimen? ¿Qué significa el perdón de Jesús a la Magdalena? ¿Qué significa la indulgencia de Cristo con la mujer adúltera? ¿Por qué tanto rigor conmigo, Dios mío?

Yo amo, es cierto; he contestado a otro amor con mi amor. Yo había nacido para la vida del mundo, y no para la vida del claustro. He obedecido en mi amor a la ley impuesta por vos a los animales, a los hombres y a las plantas. Todo ama en el mundo; todos los seres tratan de confundirse en una misma vida. Las fuentes buscan a los arroyos, los arroyos a los ríos, los ríos a la mar. Esas estrellas que de noche atraviesan el cielo, y que, partiendo de un horizonte, marcan el firmamento con una línea de oro, van a unirse a otra estrella. Nuestras almas, esas emanaciones de vuestro soplo divino, buscan otra alma en la tierra para confundirse en un sólo amor, y cuando abandona nuestros cuerpos van a unirse a vos, que sois el alma universal y el amor sin fin.

Por un instante me había regocijado con la esperanza de haber encontrado al fin de mi horizonte una alma desconocida que fuese mi hermana, mi hermana por la hermandad del sufrimiento, pues en sus primeras quejas comprendí que hablaba con el corazón. ¿Por qué, alma dolorida, no has querido tomar parte en mi pena, así como yo la quería tomar en tu dolor? ¿Pues qué, no es una ley de la naturaleza que las cargas divididas sean menos graves, y que el peso que destruye dos fuerzas separadas parezca ligero a las mismas reunidas?

La campana me llama a la oración. Vos me llamáis, Dios mío. Yo me presento a vos con la confianza de mi pureza, y sin reserva, para que podáis leer en mi corazón. Si por cualquier acto, si por cualquier omisión os he ofendido, Dios mío, dádmelo a

entender, y permaneceré postrada con la frente en el polvo y los brazos extendidos hasta que me hayáis perdonado.

Tú, querida paloma, sé la guarda fiel de los pensamientos de mi débil corazón y de las expansiones de mi pobre alma. Cubre con tus alas este papel, que cierro para sustraerle de toda mirada indiscreta.

Carta sexta

11 de mayo, al mediodía.

Ciertamente vos teníais razón, pobre alma en pena, había resuelto no escribiros. Al tocar la losa del sepulcro sólo deben levantarse las manos para suplicar a Dios; pero una especie de milagro me ha hecho variar de resolución. La carta que escribisteis para vos misma, en que abríis vuestra alma a los pies del Señor, esta carta, confidente de vuestros íntimos pensamientos, llena de amargura y bañada en vuestras lágrimas, esta carta me ha sido traída por la paloma infiel, no cerrada y atada a su ala, sino en el pico, recordándome la paloma que llevó el ramo de olivo para indicar que las aguas habían desaparecido de la superficie de la tierra.

Bien; acepto como una carga que vos me imponéis el compartir vuestros dolores. Así como así, yo no me pertenezco a mí mismo. No, las fuerzas que Dios me ha dejado debo emplearlas ayudando a sobrellevar los infortunios de otros. Mi alma, desde este momento, desecha sus propias desgracias; comunicadme las vuestras, arroyo que busca un río en que confundirse, meteoro que busca una estrella a que asociar su luz.

Vos preguntáis por qué padecéis tanto, sin haber hecho nada. ¡Cuidado! Tened presente que interrogáis a Dios, y que de la interrogación a la blasfemia no hay más que un paso. El orgullo es nuestro mayor enemigo en el mundo. Ahora hay un filósofo que considera la naturaleza entera dividida en diversos globos. Según este filósofo, cada estrella fija es un sol, centro de un mundo como el nuestro, y todos estos mundos, sometidos a las leyes de la gravedad, se mueven en el espacio sin confundirse ni tocarse. Este sistema engrandece a Dios y hace más pequeño al hombre.

De este modo nuestro pobre mundo puede dividirse en millones de mundos. Nuestro orgullo nos hace creer que cada uno somos un sol, centro de un sistema, cuando somos únicamente un átomo que el soplo del Señor nos hace mover alrededor de esas estrellas más o menos brillantes que se llaman reyes, emperadores, príncipes y potestades de la tierra, a quienes Dios ha concedido, como signo de su poder, el cetro o la cruz, la tiara o la espada.

Y ¿quién os ha dicho que las cosas inmateriales no se pueden medir como las cosas materiales? ¿Quién os ha asegurado que las desgracias de un mundo no pueden causar la felicidad de otro? ¿Quién os ha dicho que no sea una ley de la naturaleza moral, que el corazón humano esté por mitad preñado de lágrimas y de placeres, así como es preciso que una parte de la tierra esté en tinieblas, para que la otra goce del sol?

Contadme vuestras desgracias, alma afligida, segura de que por muchas que sean no excederán de las mías. Decídmelas, y espero que tendré un consuelo para cada una de vuestras quejas, un bálsamo para cada una de vuestras heridas.

Pero en cuanto a mí, os suplico que bebáis del arroyo de mis palabras, sin empeñaros en indagar la fuente de que proceden. Haced como hacen los negros etíopes y los atezados hijos del Egipto, que se aprovechan de las aguas del Nilo, y que creerían cometer un sacrilegio si tratasen de remontarse al origen de este fecundo río, a quien llaman bendito. Por algunas palabras que se me han escapado, habéis creído leer en mi vida pasada, juzgándome uno de los grandes de la tierra. Sin duda presumís que un rayo de luz ha acompañado mi caída, y que he bajado del cielo como un ángel maldito. Desengañaos, no soy más que un humilde religioso que lleva un nombre cualquiera. De mi vida pasada, oscura o brillante, humilde u orgullosa, no me queda memoria de nada. Por el contrario de aquel filósofo antiguo que se acordaba de haber combatido en el sitio de Troya, yo no me acuerdo hoy de ayer; mañana no me acordaré de hoy.

Así marchó hacia la eternidad, borrando la huella que dejó detrás, para presentarme el día de mi muerte ante el Señor, como salí de las entrañas de mi madre, solo, pobre y desnudo.

Adiós, hermana mía; no me preguntéis más que aquello a que pueda contestar, para que pueda contestar siempre.

Carta séptima

12 de mayo.

Sí; vos lo habéis comprendido todo. Mientras me hallaba postrada al pie del altar, pidiéndole cuentas al Señor de su rigor conmigo, en lugar de pedirle perdón por mis culpas, Dios, por una especie de milagro, me devolvía un consuelo que creía perdido para siempre. Nuestra mensajera, infiel por su cariño, llevaba a vos ese papel, en que expresaba mis pensamientos, o por mejor decir, en que abría mi corazón.

Vos queréis continuar incógnito; está bien. ¿Qué me importa a mí que el sol se oculta entre nubes, y que el fuego se cubra de humo, si a través del humo de sus nubes me alumbra su luz y me reanima su llama? Dios también es invisible; pero su mano se siente en todas partes.

No os diré que soy una mujer humilde; al contrario, os diré que era noble, rica y feliz. Ahora no soy nada.

Yo amé con toda mi alma a un hombre que me correspondía con igual pasión; pero este hombre ha muerto, y la mano helada del dolor me ha despojado de mis ropas mundanas para vestirme el santo hábito, sudario fúnebre de los que no existen para el mundo.

Este es mi dolor.

Me he hecho religiosa para olvidar que murió, y no acordarme más que de Dios. Por desgracia a veces me olvido de Dios, para no pensar más que en el muerto.

Por esto me quejo; por esto me lamento; por esto pido al Señor que tenga compasión de mí.

Decidme cómo habéis podido arrojar de vuestra alma aquel dolor que la llenaba. ¿Le habéis apurado como se apura una copa? Yo lo he hecho así en mis súplicas; pero a cada oración he hallado mi alma más llena de amor terrestre que antes, como si en lugar de derramarse el licor amargo que contiene sólo se vertiese para recibir otro nuevo.

Vuestra contestación será sencilla; «Yo no he amado nunca».

Pero si vos no habéis amado nunca, ¿qué derecho tenéis para quejaros de sufrimientos? En este caso, yo no os hubiera pedido ni socorros ni consuelos. En este caso, no sólo admitiera vuestra indiferencia y vuestro silencio, sino que hubiese pasado a vuestro lado como se pasa al lado de una estatua a la que el escultor ha dado forma humana, pero en cuyo pecho jamás ha latido un corazón.

Si vos no habéis amado nunca, yo soy la que ahora os suplica que no me contestéis. No somos del mismo mundo, ni hemos pasado la misma vida. Me he

engañado por las apariencias. Sería inútil nuestra correspondencia, porque, no hablando una misma lengua, no podríamos comprendernos.

Por el contrario, si habéis amado, contadme a quién y cómo. Si no queréis decirme nada de esto, hablarme de las cosas más indiferentes, porque todo tendrá entonces interés para mí. Decidme si vuestra habitación cae al norte o al mediodía, o si saludáis al sol cuando nace, y le despedís cuando se pone, o si al través de sus rayos creéis distinguir el rostro de Dios. Contadme si desde vuestra ventana se ven llanuras o montañas, ríos o arroyos, algún lago o el mar. Yo ocuparé mi imaginación con estos misteriosos problemas. Quizá mi corazón, divertido con estos pensamientos, olvidará aunque no sea más que por un instante... mas no me digáis nada; no quiero olvidar.

Carta octava

13 de mayo.

El que vos amasteis ha muerto. Por eso le lloráis aún. La que yo amé me engañó; por eso ya no la lloro.

Habladme de él todo lo que queráis; pero no exijáis que yo os hable de ella.

Hace cuatro años que habito en un monasterio, y aún no he recibido las órdenes sagradas. Vos querréis saber el por qué; os los diré.

Cuando me faltó su amor, que era el último lazo que me unía a la vida, caí en tal desesperación, que no hubiera sido un mérito en mí entregarme al Señor. Así, pues, esperé a que se calmasen mis arrebatos para que el Señor no me recibiese como el torrente que recibe a un loco o a un ciego que se precipita, sino como el huésped hospitalario recibe al peregrino fatigado, que viene a pedirle descanso después de una larga jornada. Quiero darle un corazón ferviente, y no un cadáver.

Por esto hace cuatro años que me purifico por la oración, sin haberme atrevido aún a trocar el hábito de novicio por el de religioso. Quedan en mí muchas cosas del pasado, y creo que sería un sacrilegio, después de haberme entregado por completo a las cosas mundanas, entregarme a medias al Creador.

Ya sabéis de mi vida anterior todo lo que se puede saber. Voy a enteraros ahora de lo que puedo deciros de mi vida presente.

No habito en un convento; pero sí en una capilla situada en la falda de una colina que tiene una habitación, sin otro adorno que el retrato de un rey, a quien conservo particular veneración, y un Cristo de marfil; obra maestra del siglo XVI, regalo de mi madre. Mi ventana tapizada con un jazmín, cuyas ramas llenas de flores perfuman mi habitación, se abre hacia el oriente, y quizá hacia el mismo punto que habitáis. Veo de lejos volar derecho a nuestra paloma, y volver con la misma dirección, sin perderla de vista en más de un cuarto de hora, hasta que el punto que la representa se confunde y pierde en el azul del firmamento o en el pardo color de las nubes, según el cielo está claro o nebuloso. El amanecer tiene para mí encantos muy particulares que consisten principalmente en la disposición del paisaje que abraza mi vista y que voy a describiros.

Mi horizonte concluye al mediodía por la gran cadena de los Pirineos, cuyas faldas parecen de color de violeta, y sus cimas de marfil, por la nieve, a que sirven de estribo otras colinas de menor tamaño. Por la parte del norte, la vista se dilata por espaciosas llanuras, sembradas de olivos y regadas por varios arroyos, en medio de las cuales corre majestuosamente uno de los más grandes ríos que riegan la Francia, como un soberano que recibe el tributo de sus súbditos. La llanura que domino está

inclinada del mediodía al norte, y presenta tres aspectos bien diferentes, por la mañana, al mediodía y a la tarde. Por la mañana, el sol aparece por detrás de la cadena de las colinas del este. Diez minutos antes de presentarse veo subir una claridad dudosa que se extiende poco a poco por el cielo. Continúa entretanto en la oscuridad la pendiente de las colinas, que quedan cortadas por un vapor sonrosado que va pasando sucesivamente por todos los tonos intermedios, desde el rosa bajo hasta el rojo del fuego. La luz aumenta poco a poco hasta que sale el astro brillante, cráter inextinguible del volcán divino.

Entonces renace la vida en la tierra. La cima de los Pirineos pasa desde un blanco mate a los vivos reflejos de la plata, y sus negras laderas comienzan a tomar una tinta amoratada que poco a poco se convierte en azul. La claridad, como una inundación, baja por las montañas a la llanura; los arroyos brillan como el cristal, y los pájaros cantan en las ramas. Al mediodía todas las llanuras que acabo de describir se convierten en un horno ardiente. Alumbradas de alto a bajo, las montañas no pueden ocultar sus desnudas laderas, y muestran la osamenta granítica de la tierra, donde brillan en mil reflejos los rayos del sol. Las flores se marchitan, las hojas se inclinan, los pájaros callan y las invisibles cigarras cantan en las ramas de los olivos o en las cortezas de los pinos que roen. Los únicos seres que animan este desierto de fuego son tal cual lagarto o alguna coloreada serpiente, que, deslizándose en forma espiral por la hierba, atrae a su abierta boca las moscas que pasan a tiro de su aliento.

Por la tarde, la naturaleza parece animarse de nuevo, como se reanima la llama de una lámpara que va a apagarse. La cigarras van callando una por una, y el ruido monótono del grillo sucede a su canto. Los lagartos se ocultan, las serpientes desaparecen, y las ramas se agitan bajo el leve peso de los pájaros que buscan un albergue en que pasar la noche. El sol desciende al horizonte, y a medida que desciende veo las nieves del Pirineo teñirse de matices purpúreos, al paso que la oscuridad se posesiona de los vacíos que le deja la luz, hasta que según la ley natural domina en todo el hemisferio. Entonces no se oye ruido alguno; las estrellas van apareciendo poco a poco en el firmamento, y en medio del silencio nocturno, sólo resuena una melodía misteriosa producida por el canto del ruiseñor amante de las estrellas.

¿Vos no preguntabais lo que veía desde mi habitación? Ya os lo he dicho. Ocupad vuestro espíritu de la descripción que os he hecho, y distraed con ella vuestro corazón. Vuestra tranquilidad en este mundo, y vuestra salvación en el otro, dependen de esta sola palabra; «¡olvido!»

Carta novena

13 de mayo.

Vos me mandáis olvidar, pero escuchad.

Cuando las tinieblas se apoderan del mundo, me sucede una cosa espantosa. Durante mis sueños el muerto resucita y se halla a mi lado con sus largos cabellos negros, su semblante pálido y su aspecto varonil. Sí, él está aquí. Me apodero de su mano, le pregunto si vive, si me ama. Me contesta que sí, y todas las noches tengo la misma visión, que dura hasta que aparecen los primeros rayos del día. ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que esta visión, obra sin duda del ángel de las tinieblas, no deje de atormentarme? Me he rodeado de rosarios, he dormido abrazada a la cruz del mártir divino: todo ha sido en vano. El día me llama a Dios, pero la noche me entrega a él. Soy como esa reina de que habla el poeta Homero que deshacía por la noche el trabajo que había hecho por la mañana.

¡Ah! ¡Que no haya noche, que no haya ensueños, y quizá olvidaré!

¿Podrías obtener esto de Dios?

Carta décima

14 de mayo.

Todo lo que se pueda obtener de Dios por la oración se lo pediré, vuestro corazón está verdaderamente ulcerado, y sus heridas vierten sangre.

Carta décima primera

15 de mayo.

No sé ciertamente si desde que os escribo estoy más tranquila; pero lo que sí puedo decir es que me hallo más consolada.

Sin duda consiste en que mi vida tiene algo de qué ocuparse. Vivía sola en el mundo moral y en el mundo material, llorando siempre y sin esperanza alguna, cuando he encontrado un hermano, porque me parece que he hallado en vos el hermano a quien no conocí, y que dejó la Francia antes de que yo naciese. Me parece que le he esperado sin cesar y que acabo de encontrarle. Aunque no le conozco personalmente, le descubro por su voz. Yo no le veo, pero le oigo; yo no le toco, pero le presiento.

Vos no tenéis idea de cuánto ha distraído mi imaginación ese vivo paisaje pintado por vuestra pluma. Que no se me nieguen los milagros de la doble vista; la doble vista existe. Por la fuerza constante de mi voluntad, este paisaje se refleja en mi alma como en un espejo. Lo veo todo desde la sonrosada luz de la mañana que aparece detrás de la colina, hasta la oscuridad de la noche. Yo oigo desde el leve rumor de la flor que abre su cáliz al rocío de la mañana hasta el canto del ruiseñor, que se derrama por la soledad y el silencio de la noche.

Lo veo todo de tal manera, que si me hallase alguna vez en el paisaje descrito por vos, diría; ahí están las colinas; estas son las montañas de nieve; aquellos los arroyos de plata y los olivos y las ramas.

También veo vuestra capilla con su ventana oculta por el jazmín, y os distingo arrodillado a los pies de crucifijo orando por vos y por mí.

Decidme cuál es el rey cuyo retrato tenéis en vuestra habitación, para que yo tenga otro retrato igual, y pueda dedicarle mis respetos.

Además, yo quisiera veros... pero sólo con el pensamiento; tranquilizaos. Vos me habéis advertido que para vos el pasado no existe, y que sólo os hablase del presente y del porvenir. Dejemos el pasado en las tinieblas, y decidme de qué edad sois, y cuáles son los rasgos de vuestra fisonomía, para que pueda representaros en mi imaginación. Decidme en qué época fuisteis a habitar en la capilla, y cuándo pensáis dar el último adiós al mundo.

También quisiera saber a qué distancia nos hallamos. ¿Será posible calcularlo?

Vos me parecéis tan bueno que no temo molestaros; vos me parecéis tan sabio que no temo pedir os imposibles.

Voy a pensar en lo que podrá decir vuestra respuesta, y cuando la tenga pensaré en lo que me digáis. Siempre pensando.

Parte, paloma querida, y vuelve pronto.

Carta décima segunda

13 de mayo, a las tres de la tarde.

Ya lo veis. Ocupando vuestra imaginación, he logrado distraer por un momento vuestro corazón. Es preciso tratar al alma como al cuerpo. Hágase olvidar a un enfermo sus padecimientos, y en aquel instante no sufrirá nada.

Queréis que os hable de mí para averiguar si en el hombre físico y el hombre moral se halla algo del que vos amasteis viviendo. Está bien.

Nací en Fontainebleau en 1 de mayo de 1607; por consiguiente, he cumplido 30 años. Soy alto, moreno, tengo los ojos azules, el rostro pálido y la frente despejada.

Me retiré del mundo el 17 de enero de 1633, e hice voto, si no variaba en algo mi suerte, de consagrarme a Dios a los cinco años de mi retiro.

Me retiré del mundo a consecuencia de una gran catástrofe política, en que mis queridos amigos fueron degollados, cuyo acontecimiento produjo en mi corazón un dolor sin límites.

El retrato del rey que tengo en mi celda, y al que profeso una veneración particular, es el de Enrique IV.

También deseáis saber qué distancia media entre nosotros. Son las tres menos unos minutos; pero voy a fechar la carta a las tres fijas, hora en que soltaré nuestra mensajera. Las palomas recorren de 15 a 16 leguas por hora, según tuve ocasión de observar en ciertas circunstancias en que me serví de ellas. Reparad la hora en que recibís esta carta, y calculad.

No me contestéis en dos o tres días, los cuales emplearéis en formaros quimeras o realidades; pero expresad en el papel, pobre reclusa, todo lo que pase en vuestra imaginación. Enviadme el resumen de vuestras investigaciones y de vuestros sueños.

Carta décima tercera

15 de mayo, dos horas después de haber recibido la vuestra.

No dentro de dos ni tres días debo escribiros, sino al momento.

¡Dios mío! ¡Qué locura se ha apoderado de mí! ¡Si fueseis vos el que yo creía muerto! ¡Si fueseis vos el que amé, el que llamo, el que busco, el que se me aparece todas las noches! Nacisteis el 1 de mayo de 1607, y él también. Vos sois alto, moreno, con ojos azules y rostro pálido. ¡Lo mismo era él!

Además, recuerdo las palabras que me dijisteis en otra carta, que han quedado impresas en mi memoria.

¡Habéis atravesado por los diversos grados de la grandeza humana; no habéis temblado a la vista de la cuchilla que derribaba las cabezas en vuestro derredor, y al caer habéis perdido casi un reino!

Yo no sé si esto puede aplicarse a vos; pero sé muy bien, Dios mío, que se podría aplicar a él.

Tenéis en vuestra celda el retrato de un rey a quien profesáis una veneración sin límites. Ese rey es Enrique IV... ¡El era su hijo!

Si no sois Antoine de Borbón, conde de Moret, que se dijo muerto en la batalla de Castelnaudary, ¿quién sois? ¡Contestad, por Dios, contestad!

Carta décima cuarta

16 de mayo, al amanecer.

Si vos no sois Isabel de Lautrec, a quien yo creí infiel, ¿quién sois?

Yo soy Antoine, conde de Moret, quien se creyó muerto en la batalla de Castelnaudary, que vive todavía; pero no para el perdón, sino para la venganza del Señor. ¡Oh! Si las cosas son como me las temo, ¡desgraciados de nosotros!

La paloma se ha perdido con la oscuridad de la noche. Por el cansancio se ha visto obligada a detenerse en alguna parte, pues ha llegado al amanecer.

Carta décima quinta

16 de mayo, a las siete de la mañana.

Sí, desgraciadamente soy Isabel de Lautrec. ¿Por qué motivo me creisteis infiel?... pero no debo defenderme, sino acusar.

¿Sabéis que la paloma no tarda más que dos horas en venir, y que por consiguiente nos hallamos a treinta leguas de distancia uno de otro?

Decidme en qué os he engañado; decidme en qué os he hecho traición, decidme. Marcha, paloma, tú llevas mi vida.

Carta décima sexta

16 de mayo, a las 11 de la mañana.

¿Me pudieron engañar a un tiempo mis ojos y mi corazón?

¿No era Isabel de Lautrec la que vi entrar en la catedral de Valence el 5 de enero de 1633? Ella estaba vestida de boda, y el vizconde Emmanuel de Pontis la acompañaba con el mismo traje.

¿Era todo esto ilusión?

Nada de dudas ni medias palabras.

El silencio será una prueba.

Carta décima séptima

16 de mayo, a las tres de la tarde.

Está bien; la prueba me es muy fácil verla.

Todo lo que visteis parecía ser verdad, y sin embargo es falso.

Mas tengo que haceros una larga narración, y mi pobre paloma está cansada; necesita descansar. Ha empleado cuatro horas en vez de dos en volver.

Voy a escribir esta noche.

¡Dios mío! Calmad mi espíritu. Mi mano tiembla de modo que no puedo tener la pluma.

¡Dios mío! Voy a darle gracias por su vida.

Carta décima octava

A las seis de la tarde.

He pasado tres horas de rodillas en oración, apoyando mi frente abrasada sobre las frías losas, y ya estoy más tranquila.

Permitidme que os refiera todo, desde el momento en que nos separamos en Valence, hasta el instante en que desgraciadamente pronuncié mis votos.

Recordaréis que fue el 14 de agosto de 1632 cuando nos separamos. Os despedisteis de mí sin decirme dónde ibais, pero yo tenía ciertos presentimientos sombríos, y no podía apartarme de vos. Me parecía que no era una ausencia de algunos días, como me prometíais, sino una ausencia eterna la que íbamos a sufrir.

Habían dado las once de la noche en el reloj de la catedral, cuando montando un caballo blanco, y embozado en vuestra capa, echasteis a andar muy despacio. Tres veces volvisteis para despediros de mí, y la tercera vez me suplicasteis que me volviese a mi habitación, porque si continuaba en la puerta nunca os decidiríais a dejarme.

¿Por qué me quedé yo? ¿Por qué marchasteis?

Entré en mi habitación, pero fue sólo para correr al balcón. Volvisteis a mirar atrás, y me visteis saludándoos con el pañuelo empapado en mis lágrimas. Os quitasteis el sombrero, y el aire trajo a mis oídos vuestro último adiós, que por la distancia me pareció un suspiro.

Una negra nube atravesaba el firmamento en dirección al punto en que brillaba la luna. Yo extendí mi mano como para contenerla, porque iba a ocultar sus rayos plateados que me permitían veros aún. Pero semejante a un monstruo aéreo, atravesó el espacio, y me privó de vuestra presencia. Entonces bajé los ojos a la tierra, y ya no os distinguí. Sólo oía el ruido de las herraduras en el pavimento con dirección a Orange. De repente un rayo de luz me permitió distinguir el caballo blanco, pero la oscura capa que llevabais os hacía confundiros con las tinieblas de la noche. No parecía sino que el caballo marchaba sin jinete.

La tempestad no dejó de sonar en toda la noche. El agua impelida por el viento azotaba mis ventanas. A la mañana siguiente la naturaleza, triste, parecía tomar parte en mi dolor.

Yo estaba enterada de lo que sucedía en la parte hacia donde habíais marchado, es decir, en el Languedoc. El duque de Montmorency, vuestro gobernador y amigo, según se decía, había tomado partido por la reina madre, desterrada, y por su hijo, y había hecho sublevar la provincia, levantando tropas para ir contra el rey y contra el señor de Richelieu. Pues vos ibais a ayudar a alguno de sus hermanos, a combatir con

el otro, y lo que era aún peor, a desenvainar vuestra espada y a comprometer vuestra cabeza contra el terrible cardenal de Richelieu, que había derribado tantas cabezas y roto tantas espadas. Ya sabéis que mi padre se hallaba en París al lado del rey. Partí con dos criados bajo el pretexto de ir a visitar a mi tía que era abadesa de Saint-Pons; pero en realidad, para acercarme al teatro de los acontecimientos en que ibais a representar un papel principal. Ocho días empleé en atravesar la distancia que separa a Valence de Saint-Pons,¹ y llegué al monasterio el 23 de agosto. Aún cuando las religiosas no estaban acostumbradas a ocuparse de las cosas del mundo, los sucesos que ocurrían a su alrededor eran tan graves, que formaban el objeto de las conversaciones, y todos los criados del convento andaban en busca de noticias.

Se decía que el hermano del rey, monseñor Gastón de Orléans, se había reunido al mariscal duque de Montmorency con dos mil hombres, levantados en el principado de Treves, que unidos a los cuatro mil que tenía Montmorency, ocupaban a Lodeve, Albi, Uces, Alaix, Lunel y Saint-Pons, donde yo me hallaba. Nimes, Toulouse, Carcasona y Beziers; aunque pueblos protestantes, se habían negado a prestarle apoyo.

También se decía que dos divisiones marchaban para combatir al duque de Montmorency, viniendo una por Pont-Saint-Sprit al mando del mariscal Schomberg.

Además, corría la noticia de que el cardenal había juzgado necesario que Luis XIII se aproximase al teatro de la guerra, y se aseguraba que había llegado a Lyon. Una carta que me trajeron de Valence me confirmó esa noticia, así como que mi padre acompañaba a Su Majestad.

Esta carta era de mi padre, y me anunciaba la resolución que había tomado, de acuerdo con su antiguo amigo el conde de Pontis, de estrechar más los lazos de amistad y parentesco que unían a las dos casas, casándome con el vizconde de Pontis. Ya recordaréis que os había hablado de este proyecto de matrimonio, y que me habíais contestado; «dejemos pasar tres meses; en este tiempo se verificarán grandes acontecimientos, y entonces yo pediré vuestra mano al barón de Lautrec».

Así, pues, al tormento de veros con lo que mi padre llamaba rebeldes, se unía en mí el temor de que el odio separase vuestra casa de la de mi padre, tan fiel y tan leal servidor del rey, y que confundía al cardenal y a Su Majestad en una misma admiración, repitiendo diariamente que el que no quería al cardenal no quería al rey.

El 23 de agosto se publicó un decreto declarando destituido de todos sus honores y dignidades al duque de Montmorency, en que se mandaba confiscarle sus bienes y que le formase causa el parlamento de Toulouse.

Al día siguiente corrieron rumores de que se había hecho igual declaración contra vos, a pesar de ser hijo de un rey, y contra el señor de Rieux.

Juzgad lo que pasaría en mi pobre espíritu al oír estos rumores.

El 24 vi pasar por Saint-Pons a un emisario del cardenal, que, según se decía, iba a proponer la paz al señor de Montmorency. Pude conseguir de mi tía que le ofreciese algunos refrigerios. Los aceptó, y se detuvo un momento en el locutorio. Yo le

interrogué, y me confirmó que lo que se decía era cierto, lo cual me hizo concebir alguna esperanza. Esta esperanza se aumentó aún más cuando supe que el arzobispo de Narbona, amigo particular de Montmorency, había pasado a Carcasona con la misma pretensión, de que el mariscal depusiese las armas, y, según parecía, las proposiciones que estaba encargado de presentar al gobernador del Languedoc eran muy aceptables, y aún ventajosas a su honor y fortuna; pero al momento circuló la noticia de que no habían sido admitidas. Por lo que hace a vos (porque desde luego comprenderéis que en aquellos días se hablaba frecuentemente de vos, lo cual era para mí motivo de consuelo y de terror); por lo que hace a vos, se decía que el cardenal os había escrito una carta, y que vos habíais contestado que hacía mucho tiempo que habíais dado vuestra palabra al príncipe, y que sólo él podría relevaros de su cumplimiento.

Pero, ¡ay! Su egoísmo no le permitió hacerlo.

El 29 de agosto supimos que el ejército de Schomberg y el de Montmorency se hallaban frente a frente; pero como el antiguo mariscal no olvidaba que el señor de Richelieu no era más que un ministro y podía caer, y el reino era más que un hombre que podía morir, en cuyo caso el príncipe contra quien se dirigía, como heredero presuntivo de la corona, debería de ser rey de Francia, quiso entrar en negociaciones, y envió al efecto al señor de Cabois, como parlamentario.

Nosotros sabíamos todo esto, y mi alma estaba suspensa, y esperaba con ansiedad la última respuesta del señor de Montmorency.

Ya fuese desesperación o presunción, ya sabéis cuál fue la respuesta del desgraciado que confiaba demasiado en su valor.

«Peleemos ahora, que después de la batalla se parlamentará».

Desde aquel momento fue vana toda esperanza de un arreglo; y como vuestra salvación dependía únicamente de una victoria del duque de Montmorency, olvidé mis deseos de hija y vasalla, y prosternada al pie de los altares, pedí al Dios de los ejércitos que mirase con predilección al vencedor de Vellano y al hijo vencedor de Ibri.

Desde aquel momento sólo esperé la noticia de la batalla. Pero, ¡ay! El 1 de septiembre a las cinco de la tarde llegó esta noticia terrible y fatal. La batalla se había perdido. El mariscal había caído prisionero, y vos, según unos, os hallabais mortalmente herido, y según otros, muerto.

Ya no quise saber más. Mandé buscar al jardinero, con quien estaba ya de acuerdo, y le previne que preparase dos caballos, y que me esperase al anochecer en la puerta del jardín.

Llegada la noche, bajé de mi habitación y montamos a caballo. Después de rodear la falda de las montañas y atravesar dos o tres arroyuelos, dejamos a la izquierda el pequeño lugar de Labiniere, y a las ocho de la noche llegamos a Calnes. A mi caballo le molestaba la silla, y brincaba; por esto lo cambié por otro, y mientras tanto traté de adquirir noticias. Allí se decía que el señor de Montmorency y el señor de

Rieux habían muerto; pero en cuanto a vos, las noticias eran igualmente vagas, y ya se os daba por muerto, ya por gravemente herido.

Mortalmente herido, quería yo cerraros los ojos, y muerto, envolveros en vuestra mortaja.

A las ocho y media salimos de Calnnes a campo traviesa, y sin seguir ningún camino. El jardinero era de Saissac, y conocía perfectamente el país.

La noche era totalmente igual a la de nuestra despedida. Negros nubarrones corrían por la atmósfera, la tempestad movía con violencia las ramas de los olivos, y se sentían unas ráfagas de aire caliente, que sólo cesaban para dejar caer unas gordas gotas de agua, y hacia la parte de Castelnaudary se veían brillar los relámpagos.

Pasamos por Montolieu sin detenernos, y en este pequeño pueblo encontramos las avanzadas del señor Schomberg. Yo renové allí mis preguntas, y supe que el encuentro se había verificado a las once de la mañana, y que había durado sobre poco más o menos una hora, habiendo unos cien muertos. Pregunté si estabais entre los muertos; se hicieron algunas indagaciones, y uno dijo que os había visto caer. Yo le hice presentármese, y me dijo que había visto caer un jefe; pero no estaba seguro de si erais vos. Quise que me acompañase; pero no pudo hacerlo por estar de servicio. Al jardinero le dio señas más particulares. Según él, el conde de Moret había sido el que empeñó la acción, y en caso de haber muerto, le habría matado un oficial de mosqueteros, llamado Biteran.

Oí todos estos detalles con un pavor mortal. Mi pecho estaba oprimido, y no podía pronunciar una palabra. Gotas de sudor tan gordas como mis lágrimas corrían por mi rostro y se confundían con ellas.

Nos volvimos a poner en marcha, a pesar de que habíamos andado doce o trece leguas en cinco horas.

Pero como yo había mudado de caballo en Calnnes, podía muy bien llegar a Castelnaudary y si acaso se quedaba en el camino el del jardinero, me había prometido que me seguiría, agarrado a la crin del mío.

A la salida de Montolieu entramos en un bosque que estaba guardado; nos dimos a conocer, y fuimos conducidos a las orillas del arroyo de Bernasona, que pasamos por el vado, así como otros dos o tres riachuelos que encontramos. Entre Ferráis y Ballespi cayó el caballo del jardinero, y no se pudo levantar; pero por fortuna casi habíamos llegado, pues veíamos el campamento del ejército real, y en la pradera en que se había verificado el combate se veían brillar algunas luces.

Mi compañero de viaje me advirtió que aquellas luces eran sin duda de los soldados que estaban enterrando los muertos. Entonces le supliqué que hiciese un esfuerzo para seguirme, y clavé las espuelas en la tripa de mi caballo, que tampoco podía ya más, y de este modo pasamos la última hoguera del campamento. De repente vi un bulto en el suelo, que sin duda era un muerto. Desmonté, y solté el caballo a la ventura. Habíamos llegado.

El jardinero se dirigió a los grupos de las luces que se hallaban más próximos, y yo le esperé sentada en el suelo. El cielo seguía nublado; hacia el oeste continuaba la tempestad, y de cuando en cuando algunos relámpagos iluminaban el campo de batalla. El jardinero volvió con una antorcha y algunos soldados. Los había hallado abriendo un gran foso para echar los cadáveres; pero todavía no habían enterrado ninguno.

Allí empecé a tener noticias nuevamente. El duque de Montmorency, a pesar de que tenía doce heridas, no había muerto; pero había caído prisionero y se le había conducido a una choza a un cuarto de legua del campo de batalla. Reconocido por un cirujano, le había mandado confesar con el limosnero del señor de Schomberg, y que se le trasladase a Castelnaudary.

Al señor de Rieux se le había encontrado entre los muertos.

A vos se os había visto caer del caballo, pero nadie sabía lo que os había sucedido. Pregunté dónde se os había visto caer, y me contestaron que en la emboscada. Los soldados quisieron averiguar quién era yo.

—Miradme vosotros —les contesté—, y lo adivinaréis.

Los sollozos ahogaban mi voz, y las lágrimas corrían por mi rostro.

—Pobre mujer —dijo uno de ellos—, es su amada.

Estreché la mano de ese hombre, y le hubiera abrazado.

—Ven conmigo —le dije—, y ayúdame a buscarle vivo o muerto.

—Os ayudaremos también —dijeron otros dos o tres soldados, y a uno de ellos le indicaron que nos guiase.

Éste cogió una antorcha para alumbrarnos, y otro me ofreció el brazo. Yo rehusé, porque no estaba cansada. Efectivamente, creía poder llegar al fin del mundo.

Anduvimos unos trescientos pasos, y a cada instante encontrábamos algún muerto, que yo quería que se reconociese; pero los soldados me decían:

—No es aquí, señora; es más adelante.

Llegamos por fin a una encrucijada, donde había algunos olivos, y por donde pasaba un arroyo.

—Aquí es —dijeron los soldados.

Pasé la mano por mi frente, porque me sentía desfallecer. Comenzamos por examinar una loma, donde había como una docena de cadáveres. Quité la antorcha de manos del que la llevaba, y uno por uno fui reconociendo todos los cadáveres. Hallé dos que estaban boca abajo. Uno de ellos era un oficial que tenía el pelo negro como vos, le hice poner boca arriba, y yo misma separé de su rostro los cabellos, pero no erais vos.

De repente di un grito, vi vuestro sombrero y le recogí. Reconocí al punto las plumas que yo misma había puesto en él, y esto ya no me dejaba duda alguna de que era allí donde habíais caído; pero la cuestión era el saber si herido o muerto.

Los soldados que me acompañaban hablaron entre sí, y vi que uno de ellos alargaba el brazo en dirección al arroyo.

—¿Qué? —le pregunté.

—Señora —contestó el que había alargado el brazo—, cuando uno es herido de bala se padece una sed terrible, y si el conde de Moret ha sido solamente herido, puede ser que se haya arrastrado hasta el arroyo.

—Puede ser. Ven conmigo —le dije, y me lancé al arroyo a pesar de que la bajada era muy pronunciada, pero apenas lo percibí.

Un instante después estaba en el arroyo. Efectivamente, dos o tres heridos habían intentado llegar a él; el uno había muerto en el camino, el otro había llegado a meter la mano en el agua pero no había podido pasar de allí; y el tercero se había quedado muerto bebiendo.

Uno de los tres dio un suspiro. Corrí hacia él. Era el que tenía la mano en el arroyo que estaba desmayado.

La frescura de la noche y un milagro del cielo le volvía a la vida.

Me puse de rodillas delante de él, le alumbré con la luz y di un grito.

Era Armand, vuestro asistente.

A mi grito abrió los ojos y me reconoció.

—¡Agua! —me dijo.

Yo iba a dársela, pero un soldado me detuvo.

—No le deis de beber —me dijo al oído—, si bebe muere.

—¡Agua! —repitió el moribundo.

—Sí —le dije yo—, ya os la daré; pero decidme qué ha sucedido al conde de Moret.

Me miró con fijeza y murmuró entre dientes:

—Señorita de Lautrec.

—Sí, soy yo, Armand, que busco a vuestro amo, ¿dónde está?

—¡Agua! —volvió a decir el herido con una voz moribunda.

En esto me acordé de que llevaba un frasco de agua de melisa y le eché un poco en la boca, con lo cual pareció reanimarse.

—Por Dios, ¿dónde está vuestro amo? —le pregunté.

—No lo sé.

—¿Le visteis caer?

—Sí.

—¿Muerto o herido?

—Herido.

—¿Y después?

—Se lo llevaron.

—¿Hacia dónde?

—Hacia Fondeille.

—¿Los soldados del rey, o los de Montmorency?

—Los de Montmorency.

—¿Y después?

—No sé más. Yo también fui herido, y mi caballo muerto, y caí. Llegada la noche, he podido arrastrarme hasta aquí, porque tengo mucha sed. Al llegar al arroyo me desmayé. Dadme agua, dadme agua.

—Dadle de beber ahora; ya ha dicho todo lo que sabe.

Cogí agua en vuestro sombrero, los soldados le levantaron la cabeza, y bebió con avidez tres o cuatro bocanadas, dio un suspiro, y quedó inmóvil.

Había expirado.

—Habéis hecho bien en preguntarle antes de beber —dijo el soldado, soltando la cabeza del pobre Armand.

Me quedé por un momento inmóvil de estupor.

—¿Qué hacemos ahora? —me dijo el jardinero.

—¿Conoces Fondeille?

—Sí.

—Pues vamos a Fondeille.

Después, volviéndome a los soldados:

—¿Quién viene conmigo? —les pregunté.

—Nosotros —dijeron los tres.

—Vamos, entonces.

Subimos hasta la cima de la loma, bajando enseguida a la pradera.

Un oficial hacía la ronda a la cabeza de una docena de soldados. Mis conductores se miraron y murmuraron entre sí.

—¿Qué? —pregunté.

—Hay ahí un oficial que podría dar a usted pormenores.

—¿Cuál?

—Aquel.

Y me señalaron al capitán que comandaba la ronda.

—¿Y por qué podrá ese oficial darme pormenores?

—Porque justamente se batió en ese sitio.

—Entonces vamos a su encuentro.

Y di algunos pasos en dirección al oficial.

Un soldado me detuvo.

—Mas —dijo—, es que...

—¿Por qué me detienes? —le pregunté.

—¿Queréis saber los pormenores a cualquier precio? —preguntó el soldado.

—A cualquier precio.

—¿Cualquiera que sea el que se los dé a usted?

—Cualquiera.

—Entonces llamaré al capitán.

Y a su vez dio algunos pasos adelante.

—Capitán Biteran —dijo.

El oficial se paró y trató de atravesar con su vista la oscuridad de la noche.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—Desean hablar con vos, capitán.

—¿Quién?

—Una señora.

—¡Una señora! ¡A estas horas y sobre el campo de batalla!

—¿Por qué no, capitán, si esta señora viene a buscar en el campo de batalla al que ama para cuidarle si está herido, o para enterrarle si ha muerto?

El oficial se acercó; era un hombre como de treinta años. Al verme se quitó su sombrero, y vi su figura dulce y distinguida adornada de cabellos rubios.

—¿A quién buscáis, señora? —me preguntó.

—A Antoine de Borbón, conde de Moret —respondí.

El oficial me miró con más atención de la que entonces había prestado.

Después, palideciendo ligeramente y con voz alterada:

—¿Al conde de Moret? —preguntó— ¿Buscáis al conde de Moret?

—Sí, al conde de Moret; estos valientes me han dicho que vos mejor que nadie podría darme noticias seguras de él.

Miró a los soldados y frunció el entrecejo.

—¡Dios santo, capitán! —dijo un soldado—, parece que es su prometido, y esta señora quiere saber qué es lo que le ha sucedido.

—Caballero, ¡por Dios! —exclamé yo— ¿Habéis visto al conde de Moret? ¿Sabéis algo de él? Decidme lo que sepáis.

—Señora, lo que yo sé es que se me había enviado con mi compañía de mosqueteros a una emboscada allá en la encrucijada, con orden de retirarnos a la primera descarga, para que el enemigo nos siguiera. El señor conde de Moret, que deseaba mostrar su valor por no haber estado en ningún combate, cargó temerariamente sobre nosotros, y comenzó el ataque tirando un pistoletazo... señora, no quiero mentir, a mí... su bala cortó la pluma de mi sombrero. Yo le contesté con otro pistoletazo... y tuve la desgracia de ser más feliz que él.

Di un grito de terror.

—¿Habéis sido vos? —dije, dando un paso atrás.

—Señora —dijo el capitán—, el combate fue noble; yo le creí simplemente un oficial del ejército del mariscal duque. Ciertamente, si yo hubiera sabido que el que atacaba era un príncipe, y un príncipe hijo del rey Enrique IV, hubiera puesto mi vida a su disposición antes que atentar a la suya. Sólo al caer oí gritar ¡Borbón! Y comprendí entonces que había sucedido una gran desgracia.

—¡Oh, sí, una gran desgracia! Pero, ¿ha muerto?

—No lo sé, señora, porque al momento comenzó el fuego, y nosotros nos retiramos, según la orden que teníamos; pero, al retirarme, vi que se llevaban al conde ensangrentado y sin sombrero.

—Su sombrero está aquí —y lo acerqué con pasión a mis labios.

—Señora —dijo el capitán con un dolor que no era fingido—, mandad lo que gustéis. Después de haber causado tanto mal, ¿qué haré yo, no diré para expiar mi falta, sino para ayudaros? Decidme lo que queráis, que recorreré todo el mundo si es menester.

—Gracias, caballero —dije tratando de reunir mis fuerzas—. Lo que podéis hacer por mí es indicarme la dirección en que se llevaban al conde.

—En dirección a Fondeille —respondió—; pero para mayor seguridad para vos, seguid el camino que encontraréis a cien pasos de aquí a la derecha, y como a un cuarto de legua hallaréis una casa, donde podrán informaros.

—¿Comprendiste? —dije al jardinero.

—Sí, señora.

—¿Queréis un caballo, señora? —me dijo el oficial con timidez.

—Gracias —contesté—, os he preguntado lo que quería saber, y me habéis satisfecho en todo cuanto habéis podido.

Distribuí un puñado de luises entre los tres soldados; dos se retiraron, pero el tercero se empeñó en acompañarme hasta la casa indicada.

Yo iba con presteza en dirección a esa casa; pero no pude resistir el deseo de volver a ver otra vez el suelo consagrado por vuestra sangre, y al volverme vi al capitán inmóvil en el mismo sitio en que le había dejado, con los ojos fijos en mí, como si estuviese absorto. Llegamos a la casa. En todo el camino encontramos cadáveres; pero ya estaba acostumbrada a este espectáculo, y pasaba por encima de ellos con la misma seguridad que sobre la hierba ensangrentada.

Llegamos por fin a la casa, que se hallaba ocupada por los heridos de los dos partidos, echados sobre la paja o tendidos en el suelo. Penetré en este asilo del dolor, e interrogué a los moribundos con la voz, como había interrogado a los muertos con la vista. A mis ruegos un herido se incorporó sobre el codo.

—¿El conde de Moret? —dijo—. Yo le he visto pasar en el carruaje del mariscal.

—¿Muerto, o herido? —le pregunté.

—Herido —dijo el moribundo—, pero él era como yo, hubiera querido mejor ir muerto que herido.

—¡Dios mío! ¿Hacia dónde lo condujeron?

—No lo sé. Sólo le oí pronunciar un nombre.

—¿Qué nombre?

—El de la señora de Ventadour, y el carruaje tomó un camino a campo traviesa.

—¡Ah!, ya lo comprendo. Se habrá mandado llevar a casa de la señora de Ventadour en la abadía de Broulle.

Le dejé algunos luises y salí diciendo al jardinero:

—A la abadía de Broulle.

La abadía de Broulle está situada a dos leguas poco más o menos del lugar en que nos encontrábamos. El caballo del jardinero había quedado reventado y al mío le había dejado en el campo de batalla, y siendo imposible procurarnos ningún carruaje,

porque para esto se necesitaba tiempo, y no me sentía cansada, echamos a andar a pie.

No habíamos andado un cuarto de legua, cuando comenzó a llover furiosamente, y la tempestad a retumbar; pero mi imaginación estaba tan ocupada en vos, que no sentía la lluvia ni oía los truenos, y seguimos el camino por medio de torrentes de agua, alumbrados por los relámpagos que de vez en cuando iluminaban el paisaje con la misma claridad que si fuese de día. Pasamos cerca de una gran encina y el jardinero me suplicó que esperásemos bajo su copa a que pasase la tempestad. Ni tan siquiera le contesté, y seguí caminando. Un minuto después cayó un rayo en la encina, y la hizo mil pedazos. Yo me contenté con señalarle con la mano lo que acababa de suceder.

—Es verdad, señora —me dijo—, y puesto que Dios os da fuerzas, vamos.

Seguimos caminando aún una hora más, y un relámpago nos descubrió la abadía a donde nos dirigíamos.

Redoblamos el paso, y llegamos.

Todo estaba en silencio en la abadía, y parecía que estaban durmiendo, aunque siempre he desconfiado de aquel silencio tan profundo.

Por fin abrieron la puerta, pero con mil precauciones.

Es claro que al oírnos llamar temieron la visita de alguna patrulla o de soldados descarriados. Traté de darme a conocer, y enseguida pregunté por vos. La portera no comprendía lo que le quería decir, y me afirmó que no os había visto, y que ignoraba que estuvieseis herido. Pregunté por la señora de Ventadour, y dije que quería hablarle. Me condujeron a su habitación, y la encontré vestida. Al ruido que habíamos hecho se había vestido, pero advertí en ella que estaba pálida y temblorosa.

Disculpo su palidez y su temblor por el temor que habría tenido al oír llamar a la puerta de que fuesen algunos soldados malintencionados.

Yo la tranquilicé, y le referí que había salido de Saint-Pons, que había estado en el campo de batalla, donde había encontrado el sitio en que habíais caído y vuestro sombrero, que le enseñé; y por último, le di las noticias que me había comunicado el herido, suplicándole por Dios que me dijese lo que supiera de vos.

Ella me contestó que sin duda me habían engañado, o que el carruaje habría tomado a la izquierda o a la derecha del camino por alguna de las sendas que salen a él; que no os había visto, y que ni aún había oído hablar de vos.

Al oír esto me dejé caer sobre una silla que había allí. Mis fuerzas me abandonaron con la esperanza.

La abadesa llamó a sus criadas; me desnudaron, porque la lluvia había empapado mis vestidos. Yo había perdido los zapatos en el lodo, y había caminado descalza sin duda más de una legua, por lo cual me metieron en un baño, donde caí en una especie de estupor que parecía un desmayo. Volví en mí, oyendo decir que se había visto un carruaje en el camino de Mazerès. Pregunté de quién se había obtenido esta noticia, y

me contestaron que de un aldeano que había venido por la noche al convento a traer leche.

La abadesa me ofreció su coche y sus caballos, suponiendo que yo quería continuar mis investigaciones.

Yo lo acepté. Me trajeron otros vestidos, porque, viendo ya amanecer, no quería perder un instante en continuar mi marcha, porque era más posible para mí que hubieseis mandado que os condujesen a Mazeres y porque Mazeres era una fortaleza que, según se decía, estaba en favor del señor de Montmorency. La señora de Ventadour me dio su cochero, y partimos.

En Villeneuve, en París, en Saint-Lamette quisimos preguntar; pero no sólo no sabían nada de vos, sino que ignoraban aún que había habido una batalla de Castelnaudary. Seguimos hasta Mazeres, donde suponía yo que habría noticias. Las puertas estaban guardadas por partidarios de Montmorency, y no podía yo suponer que se me ocultase la presencia del conde de Moret.

Llegamos a las puertas, y me dijeron que no habían visto ningún carruaje, que ignoraban que el conde de Moret estaba herido, y fuimos los primeros que dimos la noticia de la batalla de Castelnaudary.

Muy pronto tuvimos la prueba de que esto era verdad, porque vimos llegar un oficial a todo escape, anunciando que el señor de Montmorency estaba prisionero, que el señor de Rieux había muerto, que todo estaba perdido, y que cada uno se salvase como pudiese.

Desde entonces nadie se ocupó de nosotros ni se hizo caso de nuestras preguntas. Habíamos perdido completamente vuestra huella. Nos pusimos a buscarla al azar, y recorrimos el teatro de los acontecimientos con un gran rodeo, como hacen los cazadores cuando siguen la pista a la caza. Visitamos Belpech, Cahusac, Laujaux, Alzonnet, Concues, Peirac; pero en ninguno de estos pueblos había noticia de que hubieseis pasado. Entre Londeille y la abadía había desaparecido vuestro coche como una visión.

En Peirac encontré al administrador de nuestra casa de Valence. Mi padre había dispuesto pasar dos o tres meses en aquel palacio. Habían salido a buscarme, y me suplicaban que fuese.

En las tres semanas que había empleado en buscaros sin resultado, perdí toda esperanza de encontraros y me volví a palacio.

Mi padre llegó al día siguiente, y me encontró moribunda.

Todos en el palacio me tenían tanto cariño, que con sólo una palabra que dijo el administrador, nadie habló de mi viaje.

Mi padre vino a mi habitación y se sentó sobre mi cama. Ya sabéis que es un hombre grave y severo. Yo le había hablado del amor que os tenía y de la promesa que me habíais hecho de ser mi esposo. El honor de la alianza con vos era tal, que hubiera renunciado a su proyecto favorito que era el de casarme con el vizconde de

Pontis, hijo de su antiguo amigo; pero muerto vos, este proyecto volvía a su mente con más fuerza y realidad.

Por otra parte Luis XIII le había informado del amor de su hija a un rebelde. Luis XIII estaba más irritado con vos por ser su hermano. Vuestros bienes habían sido confiscados, y si no se os hubiese creído muerto, a pesar de ser hijo de un rey, se os hubiera formado causa como a Montmorency.

Así, pues, era una felicidad para vos haber muerto en el campo de batalla; y aquel capitán, a quien había visto e interrogado, aquel asesino a quien yo había maldecido, y cuya pálida figura se me ha presentado muchas veces en sueños, os había libertado del suplicio. Escuché tristemente a mi padre, y conocí que su resolución estaba formada. El conde de Pontis, que había combatido en el ejército del mariscal de Schomberg, gozaba de todo el favor, y mi padre tenía contra mí al rey y al cardenal.

Yo también tomé mi resolución.

Pedí a mi padre tres meses, obligándome en este plazo, si no tenía noticias vuestras, o si se confirmaba vuestra muerte, a marchar con el conde de Pontis a la iglesia.

El 30 de octubre fue decapitado el señor de Montmorency.

Entonces casi bendije a vuestro asesino, porque si yo os hubiese visto sufrir lo que sufrió el pobre duque, me hubiera muerto.

Nadie dudaba de lo que os había acontecido; todos os contaban por muerto, y yo me consideraba viuda sin haber sido esposa.

Transcurridos los tres meses, mi padre se presentó en el palacio con el vizconde de Pontis.

Yo conocía la puntualidad de mi padre, y no quise hacerle esperar.

Me encontró en traje de boda.

Eran las once, y el sacerdote nos esperaba en la iglesia. Me levanté, me apoyé en su brazo, y marchamos.

El conde de Pontis iba detrás con su hijo.

Cinco o seis amigos de unos y otros, y algunos criados nos acompañaron.

Mi padre no me habló en todo el camino, y estaba admirado de verme tan tranquila. Como los mártires que van a la hoguera, mi semblante era más sereno según me acercaba al lugar del suplicio.

Al entrar en la iglesia, yo estaba pálida, pero alegre, como el náufrago maltratado por la tempestad que ve el puerto.

El abate nos esperaba en el altar; nos acercamos y nos pusimos de rodillas.

Yo había temido siempre que al llegar a este punto me faltasen las fuerzas, pero di gracias a Dios porque me dio ánimo.

El abate preguntó al señor de Pontis si me tomaba por esposa.

El señor de Pontis contestó que sí.

Se me hizo a mí la misma pregunta de si tomaba al señor de Pontis por esposo.

—Mi esposo en este mundo y en el otro —contesté—, es mi divino salvador Jesús, y jamás tendré otro.

Dije esto con tanta tranquilidad y firmeza que todos los asistentes lo oyeron claramente. El señor de Pontis me miró espantado, como si estuviese loca. Mi padre dio un paso atrás, y yo entré por la reja que me separaba del altar.

—Desde este momento —dije alzando los brazos al cielo—, pertenezco a Dios, y sólo Dios puede reclamarme.

—¡Isabel! —gritó mi padre—, ¿te atreverás a desconocer mi autoridad?

—Hay una autoridad más alta y más santa que la vuestra, padre mío —contesté yo respetuosamente—, y es la de aquel que me ha hecho encontrar la fe en el camino de la desgracia. ¡Padre mío! Ya no pertenezco al mundo terrestre. Orad por mí y yo oraré por todos.

Mi padre quiso atravesar la reja para arrancarme del altar, pero el abate extendió hacia él los brazos diciéndole:

—Maldito el que quiera forzar su vocación o impedir la. Esta joven se dedica a Dios, y yo la recibo en la casa del Señor como en un santo asilo, del que nadie, ni aun su padre, tiene derecho de arrancarla violentamente.

Quizá mi padre no se hubiera contenido por esta amenaza; pero el conde de Pontis lo contuvo.

El vizconde y los demás asistentes siguieron a los dos ancianos, y salieron del templo cerrándose las puertas tras ellos.

El abate me preguntó a qué convento quería ir, y le contesté que al de las ursulinas de Montolieu.

Mi padre marchó al momento a París, y todo lo que pudo conseguir del cardenal fue que no se me permitiese profesar hasta pasado un año.

Transcurrido este plazo tomé el hábito, hace ya cuatro años.

En estos cuatro años no ha pasado un día sin que haya orado por vos, dejando siempre las plumas de aquel sombrero que recogí en el campo de batalla de Castelnaudary, única reliquia que me queda de vos.

Ya lo sabéis todo.

Ahora decidme lo mismo, todo lo que os ha sucedido, por qué milagro os salvasteis, dónde estáis y cómo podré veros. Decidme todo, o me vuelvo loca.

Carta décima novena

A las seis de la mañana.

Dios ha separado por un instante sus ojos de nosotros, y el ángel del mal ha pasado sobre nuestras cabezas, y nos ha herido.

Escuchadme.

Vos sabéis cuáles eran mis compromisos con mi hermano Gastón. Por otra parte, trabajando en su favor creía obrar en favor del otro. El ministro me parecía que oprimía al rey más que a todos los demás.

Semejante opresión era intolerable para los hijos de Francia. A cada instante el cardenal violentaba la voluntad del rey. Disponía de su sello sin consultarle, y de sus armas a pesar suyo. Gastaba seis veces más en un día en su casa que lo que gastaban juntos todos los hijos de Enrique IV, incluso el que estaba sentado en el trono. Al paso que él derrochaba doscientos millones, apenas la tercera parte de los habitantes de Francia comía pan de trigo; otra tercera parte lo comía de avena, y la restante se mantenía de bellotas, como los animales silvestres.

Tenía en el reino más plazas y fortalezas que el rey. Tenía a Bronage, Oleron, Rhe, La Rochelle, Saumur, Angers, Brest, Amboise, El Havre, Pon de l'Arche y Pontoise, de modo que llegaba hasta las mismas puertas de París. Además era dueño de la provincia y ciudadela de Verdum. Fuera de las tropas empleadas en estas plazas y fortalezas, tenía una flota en la mar. Salía con guardias y tenía en sus manos las llaves de la Francia. Toda la nación no podía reunir un ejército capaz de oponerse al suyo. Las prisiones se habían convertido en sepulcros, destinados a enterrar a los verdaderos servidores del rey. No era ya el crimen contra la Majestad atacar contra el rey o contra el estado sino el no tener un celo y una obediencia ciega a todos los caprichos de su ministro.

Esto es todo lo que tengo que decir como preliminar, porque es mi disculpa de haberme separado de vos, y de haber tomado un partido que a la larga había de ser la causa de nuestras desgracias.

El proceso y suplicio de Marillac fue el que lo decidió todo. Yo estaba en correspondencia con mi hermano Gastón y con la reina María de Medicis, que siempre fue buena conmigo, y resolví unir mi suerte a la suya.

Recordaréis mi tristeza en aquel momento; recordaréis mi emoción y la alteración de mi voz cuando os decía que mi porvenir era más incierto que el de las hojas de aquel árbol a cuya sombra estábamos sentados, y cuando os pedí un plazo de tres meses para hacerme mi esposa, diciéndoos que el día en que fuese vuestro esposo sería el más feliz de mi vida. Desde entonces yo estaba enterado de todos los

proyectos de mi hermano Gastón, y era el que servía de comunicación entre él y el desgraciado Montmorency.

Me mandáis que no omita ninguna circunstancia, y yo también por mi parte tengo bastante necesidad de justificarme a vuestros ojos para no omitir ni olvidar nada. Contábamos con los españoles y los napolitanos. Los napolitanos, en el momento en que se pronunció Montmorency, se presentaron en efecto en las aguas de Narbona; pero no se atrevieron a desembarcar, y los españoles llegaron a Urgel, pero no atravesaron la frontera.

Presenciasteis crecer la insurrección en vuestro derredor, y al grito de la revolución pasar de Banois a Lunel, Beaucaire y Alaix. Me presenté a vos un día con el corazón oprimido, porque presentía que era el de nuestra separación, el manifiesto en que mi hermano Gastón tomaba el título de lugarteniente general del reino. Poco tiempo después supisteis, por una carta del rey dirigida a vuestro padre, que le mandaba marchar a París, y que había entrado en Francia con mil ochocientos caballeros; que había quemado el barrio de Saint-Nicolas de Dijon y las casas de los individuos del parlamento que habían juzgado a Marillac.

Otro día recibí yo una carta de mi hermano que me escribió desde Albi, recordándome el cumplimiento de mi palabra.

Este día fue el mismo en que me despedí de vos, el 14 de agosto de 1632, fecha fatal que ha quedado grabada con letras de fuego en vuestro corazón y en el mío.

¡Oh! Todos los pormenores de esta despedida son ciertos. La pintura de aquella triste noche es bien exacta, pero tengo que añadirle que os vi mucho más tiempo que el que vos me visteis, porque vos estabais en el balcón, alumbrada por una luz, y yo me iba ocultando en un horizonte cada vez más sombrío.

Sin embargo, en una vuelta que daba el camino dejé de veros. Detuve mi caballo, y me pregunté a mí mismo si no era mejor para mí olvidar todos los compromisos y sacrificar el honor al amor, volviéndome a vuestro lado. Pero en esto se cerró la ventana de vuestra habitación, dejé de ver la luz, y yo lo tomé como un aviso del cielo de continuar mi marcha. Metí espuelas al caballo, me envolví en mi capa, y me lancé con avidez hacia el horizonte, cada vez más oscuro, diciéndome a mí mismo:

—¡Adelante, adelante!

A la mañana siguiente me hallaba en Albi, al lado de mi hermano, que me dejó allí con quinientos polacos, y se marchó a Beziers.

El 29 de agosto recibí órdenes del mariscal duque de ir a su encuentro. Salí con mis quinientos hombres y el 30 de agosto por la noche nos reunimos.

Todo el día 31 se pasó en discusiones. Habíamos tenido aviso de que el señor de Schomberg marchaba sobre Castelnaudary. Nos dirigimos al mismo punto, pero el señor de Schomberg llegó antes y se apoderó de una casa que estaba como a diez minutos del camino que llevábamos, y colocó en ella una gran guarnición.

Esto sucedía el 1 de septiembre a las ocho de la mañana.

El mariscal duque lo supo todo. Tomó quinientos hombres y fue a reconocer el ejército enemigo, y hallándose cerca de esta casa, cargó contra los que estaban dentro y se apoderó de ella.

El señor de Montmorency dejó allí ciento cincuenta hombres, y volvió a donde estábamos, loco de alegría por este primer golpe.

Nos halló reunidos en la primera casa del pueblo a mi hermano Gastón, al señor de Rieux, al señor de Chaudebone y a mí.

Entonces, avanzándose hacia mi hermano:

—Señor —le dijo—; éste es el día en que triunfaréis de todos vuestros enemigos; el día en que reuniréis a los hijos con la madre; pero —añadió mostrando su espada desnuda y sangrienta—, es menester que esta tarde vuestra espada esté como la mía ahora; es decir, llena de sangre hasta el puño. A mi hermano no le gustan las espadas desnudas, y mucho menos ensangrentadas.

Apartó la vista y le dijo:

—Nunca dejarás tus locuras. Hace mucho tiempo que me has prometido grandes victorias, y sólo me has dado esperanzas.

—En todo caso —dijo el mariscal—, aún suponiendo que, como decís, no os haya dado más que esperanzas, os he dado más que el rey vuestro hermano, que, lejos de daros esperanzas, os quita hasta las de vivir.

—¡Ah! —replicó Gastón encogiéndose de hombros— ¿pues qué la vida del supuesto heredero está en riesgo? Suceda lo que suceda, siempre podré conseguir algo para mí y otras tres personas.

El mariscal se sonrió amargamente, y sin contestar al príncipe, se vino a nosotros.

—Vamos, señores —nos dijo—; empezamos ahora y ya tiene miedo, y habla de escaparse con tres; pero creo que no seremos ni vos señor Moret ni vos señor de Rieux, ni yo, a quienes el conde servirá de escolta.

Le contestamos que no, y continuó el mariscal duque:

—Únanse ustedes a mí, porque es preciso que le obliguemos a desenvainar hoy su espada.

En este instante se nos anunció que se descubría el ejército del mariscal de Schomberg que salía de un bosque y marchaba hacia nosotros.

—Vamos, señores, ha llegado el momento —dijo el mariscal duque—. Cada uno a su puesto.

Teníamos que atravesar un río por un pequeño puente, y se nos podía disputar el paso; pero nadie pensó en tal cosa. El plan del señor de Schomberg era por el contrario dejarnos avanzar hasta una emboscada que había dispuesto en una encrucijada, en la que encontrasteis a mi pobre asistente.

Pasado el puente me puse al frente del ala izquierda que se había puesto bajo mi mando. Era, como os dijeron, mi primer encuentro, y deseaba demostrar que mi sangre, aunque era la misma que la que corría por las venas del príncipe, era más valiente. Vi un cuerpo de mosqueteros en formación, y cargué contra él.

Había reparado particularmente en aquel oficial que encontrasteis la noche del combate. Parecía un hombre animoso y que estaba en el fuego como en una parada. Me fui derecho a él y le tiré un pistoletazo, que, como ya os dijo cortó la pluma de su sombrero. Me contestó con otro, y sentí como un golpe en el lado izquierdo. Eché la mano para ver qué era, y la retiré llena de sangre. En aquel momento, sin dolor ninguno, me pasó por la vista como una nube roja, y sentí como si se moviese la tierra. Mi caballo hizo un movimiento que yo no pude ni reprimir ni seguir, y conocí que me caía de la silla. Yo grité; ¡a mí, Borbón! Y me desmayé, pensando en vos.

Al cerrar los ojos, me pareció que oía fuego de fusilería y que había delante de mí un arroyo de fuego.

Sin duda mis polacos me retiraron, porque desde este momento hasta que volví a recobrar mis sentidos, como a media legua, poco más o menos, en el carruaje, no supe nada de lo que pasó.

Unos espantosos dolores me volvieron a la vida. Abrí mis ojos y vi mucha gente que hablaba con viveza y que rodeaba con curiosidad el carruaje. Comprendí que trataban de saber dónde me llevarían, y me acordé que la hermana del señor de Ventadour, uno de mis mejores amigos, era abadesa de un convento de las cercanías. Haciendo un esfuerzo, saqué la cabeza por la portezuela y di orden de que me condujesen a casa de la señora de Ventadour.

Ya lo veis, vuestro admirable instinto os había hecho seguir mi mismo camino, y no consistió en vos el no encontrarme.

Los dolores me habían sacado de mi desmayo, y los dolores me hicieron caer otra vez en él. No sé quién se encargó de conducirme a casa de la señora de Ventadour. Sólo sé que me hallé acostado en una excelente cama, pero en un subterráneo. A mi lado estaba el médico del convento, y entre mi cama y la pared había una persona que, viéndome abrir los ojos, me dijo en voz muy baja:

—No digáis quién sois.

Lo mismo que vos habíais sido mi último recuerdo, fuisteis también mi primer pensamiento. Miré si estabais por allí cerca; pero sólo vi caras extrañas, y entre ellas un hombre con los brazos arremangados y las manos llenas de sangre. Era el cirujano que acababa de curarme.

Volví a cerrar los ojos.

Esto sucedió la noche que estuvisteis en la abadía, y que, por miedo al cardenal, os dijeron que ninguna noticia tenían de mí.

Estuvimos los dos tocándonos sin vernos, y lo que es más, ignorando vos que yo existía, y yo que vos habíais ido.

No tengo idea de lo que me sucedió en los quince días que transcurrieron después de haber sido herido, porque los pasé a la puerta del sepulcro.

Por fin, la juventud y mi temperamento fuerte me libraron de él. Sentí esparcirse por mis miembros lánguidos y calenturientos cierta frescura, y desde aquel momento declaró el médico que estaba salvado.

El médico hizo tal declaración, poniendo por condición que no habría de abandonar la cama ni había de hacer uso de la palabra, ni movimiento alguno; es decir, que, para vivir, habría de estar un mes o seis semanas sin vida.

Durante este período fue juzgado y ejecutado el mariscal duque. Aquella ejecución redobló el miedo de las pobres religiosas que me habían dado hospitalidad. En efecto, no cabía duda que si era descubierta mi existencia sería tratado, a pesar de ser príncipe real, como el señor de Montmorency. ¡No estaba ligado el señor de Montmorency a María de Medicis!

Se decidió, pues, a hacerme pasar por muerto, y la noticia de mi muerte se esparció por todas partes.

Al cabo de dos meses me levanté. Hasta entonces había estado oculto en los subterráneos del convento, y necesitaba para mi convalecencia respirar el aire libre; aún cuando estábamos en noviembre, el suave temperamento del Languedoc me permitía dar algunos paseos nocturnos. Se me permitió, pues, respirar el aire de la noche en el jardín del convento. Con el pensamiento, con el dolor, y no diré con la fuerza, porque era tal mi debilidad que no podía subir ni bajar las escaleras, todo mi amor hacia vos se renovó extremadamente. No hablaba ni pensaba más que en vos. Desde el momento en que pude sostener una pluma, solicité escribiros. Se me dio lo que pedía, y a mi presencia se despachó un mensajero; mas como el mensajero debía revelar mi existencia, y ésta, en el sentir de la señora de Ventadour, me traería las persecuciones, la prisión y la muerte quizá, el mensajero permaneció en los alrededores, y regresó a los doce o quince días, diciendo que vuestro padre os había llevado a París y que él había entregado mi carta a una de vuestras doncellas, que le pareció la más adicta.

Desde entonces estuve más tranquilo; confiado en vuestro amor, esperaba una pronta respuesta.

Pasó un mes en este estado. Cada día que transcurría me daba un motivo de sospecha y se llevaba un rayo de esperanza.

Transcurridos tres meses, quise saber las noticias que me podían interesar. Herido al principio de la acción, nada sabía de su resultado. Titubeaban en darme estas noticias, pero amenacé con que iría a adquirirlas yo mismo, y entonces me lo dijeron todo. Entonces supe la pérdida de la batalla, la fuga y la reconciliación de Gastón, la sentencia de muerte del señor de Montmorency, la confiscación de mis bienes y la pérdida de mi rango y honores.

Recibí estas noticias con mejor ánimo del que se esperaba. Ciertamente, la muerte del mariscal fue un golpe terrible; pero, después de la del señor de Marillac, el señor de Montmorency y yo habíamos previsto este golpe para ambos. Por lo que hace a la pérdida de mis honores, mis distinciones y mi fortuna, la recibí con risa. Los hombres me habían quitado lo que me podían dar, pero habían tenido que dejarme lo que procedía de Dios, vuestro amor.

Desde este instante vuestro amor era la única esperanza de mi vida, era la única estrella que alumbraba el cielo de mi porvenir, que se había vuelto tan oscuro como brillante era antes.

El mensajero no pudo hablaros, y yo resolví ser mi propio mensajero. Tampoco había obtenido vuestra respuesta, y me decidí a ir a buscar. Pero no era fácil salir del convento. Estaba vigilado, y se temía que fuese reconocido. Por esto yo no hablaba de salir del convento, sino de Francia.

Esta proposición era la más agradable que podía hacer a la buena abadesa. Convinimos en que nos pondríamos de acuerdo con unos pescadores, y que iría a Narbona, iría en traje de eclesiástico en el coche y caballos de la abadesa.

Por otra parte, todos me creían muerto, y no era probable que en este país, al que iba por la primera vez, encontrase quien me conociese.

La buena abadesa puso mi disposición sus caudales, pero yo rehusé, porque llevaba conmigo cuando fui herido unos doscientos luises, y mis alhajas valían mucho más.

—¡Siendo vos rica, para que quería yo ser rico!

A principios de enero salí de la abadía lleno de reconocimiento por la hospitalidad que se me había dado, pero ¡ay! Ignoraba que esta hospitalidad me había de costar tan cara.

Me hallaba a veintiocho leguas de Narbona, y me sentía tan débil, que no podíamos avanzar sino a jornadas cortas. También yo exageraba mi debilidad para que se desconfiase menos de mí.

El primer día fuimos a dormir a Villepinte, el segundo a Barbeira, y el tercero a Narbona. Al día siguiente estaba dispuesto mi viaje a Marsella. Yo pasaba por un prelado enfermo del pecho, a quien el médico había mandado tomar los aires de Hieres o de Niza. Descansé un día en Narbona, y a la mañana siguiente me embarqué, llegando a Marsella a las cuarenta y ocho horas, gracias a un viento favorable.

Allí pagué mi viaje, y despedí a los criados de la abadesa, que me habían acompañado hasta entonces, quedando completamente libre.

Enseguida ajusté mi viaje para ir a Avignon, y para pasar por el Ródano a Valence. Como mi traje de caballero podía hacerme traición, me mandé hacer un uniforme de oficial de la guardia del cardenal, y con este uniforme estaba seguro de no ser incomodado. Salí de Marsella y llegué a Avignon a los tres días. En Avignon los vientos eran de la mar, y por consiguiente la navegación prometía ser buena. Me embarqué al momento, y cuando alguna vez nos faltó viento, atamos caballos a nuestra barca, y de este modo subimos el río.

Desde lejos, al amanecer, descubrí vuestro palacio. Allí era donde estabais; allí era donde vos me esperabais, o por lo menos, si lo que se me había dicho era cierto, que vuestro padre os había llevado a París, allí debía yo hallar noticias.

Quise saltar en tierra maldiciendo la lentitud de la barca; pero desgraciadamente me hallaba muy débil aún.

¡Ah! ¡Si yo hubiera podido ganar una hora! ¡Si yo os hubiera visto! Pero estaba dispuesto de otro modo en el libro de los destinos.

A pesar de todo, no pude contenerme, y media legua antes de llegar a Valence, salté a tierra. No podía andar aún con ligereza; pero, sin embargo, me adelanté a la barca.

La esperanza de volveros a ver, me había vuelto mis fuerzas. Al cabo de tanto tiempo volví a ver el balcón de vuestra casa, aquel mismo balcón en que os había visto por la última vez; pero en aquel balcón no había nadie y sus ventanas estaban cerradas.

Había en todo el aspecto del palacio, que yo había deseado ver con tanta ansia, algo de triste y sombrío que me afligía.

De repente vi abrirse la puerta principal y salir mucha gente, que se dirigió hacia el lado de la ciudad, y desapareció.

Me hallaba aún a un cuarto de legua de la ciudad, y sentí, sin que pudiese adivinar la causa, que mi corazón desfalleció y mis fuerzas me faltaban.

Me apoyé en un árbol del camino, enjugué el sudor de mi frente, y volví a continuar en marcha.

Me encontré un criado y le pregunté:

—Amigo mío, ¿no es la señorita Isabel de Lautrec la que habita en ese palacio?

—Ciertamente —me contestó—, ahora es la señorita Isabel de Lautrec, pero ese título sólo se le podrá dar por media hora, y pasada ésta habrá que darle otro.

—¿Habrá que darle otro título? ¿Y qué título habrá que darle?

—El de la señora vizcondesa de Pontis.

—¿Cómo el de vizcondesa de Pontis?

—Porque dentro de media hora será esposa de mi amo el vizconde de Pontis.

Reconocí que me turbaba, y oculté mi rostro.

—¿Y qué era toda esa gente que he visto salir del palacio?

—Eran los novios y los que les acompañaban.

—¿Cómo, en este mismo momento?

—Sí, en este mismo momento están en la iglesia.

—¡Oh!, eso es imposible.

—¿Imposible? —dijo el criado— si dudáis de mí, todavía tenéis tiempo de aseguráros por vos mismo. Tomad el camino más corto, y llegaréis a la Iglesia al mismo tiempo que ellos. Le hice repetir esto, porque no me atrevía a creer la terrible realidad, y desde luego, porque creía que este hombre me engañaba y que por cualquier motivo mentía.

Yo conocía a Valence por haber habitado en él tres meses; atravesé rápidamente el puente, entré en la ciudad y me dirigí por las calles que debían conducir más directamente a la iglesia. Por otra parte, el sonido de las campanas que tocaban al vuelo me guiaba perfectamente.

La plaza de la catedral estaba llena de gente. Pues bien; a pesar del sonido de las campanas, a pesar de aquella multitud que llenaba la plaza, no podía creer lo que me habían dicho; me decía a mí mismo que tal vez sería otra la que marchaba al altar, y que aquel hombre se había equivocado o me había engañado. Y sin embargo, al mezclarme entre aquella multitud, no me atreví a preguntar a nadie.

Si no hubiese vestido el uniforme de los guardias del cardenal, no hubiera podido llegar a las primeras filas, pero a la vista de mi uniforme, todos se apartaban.

Entonces, ¡oh! Aún hoy necesito toda mi fuerza para daros estos terribles detalles. Ayer, cuando ignoraba que erais vos quien me escribía, no hubiera podido recordar aquel dolor sin abrir en mi pecho una herida mortal... ¡Oh! Vos no habéis sufrido más que por mi muerte, yo he sufrido por vuestra traición.

¡Perdón! ¡Perdón! Isabel; hoy sé que esa traición era aparente; mas para mí, ¡oh! Para mí, desgraciado, era la realidad.

Os vi aparecer a través de una nube, semejante a la que cubrió mi vista cuando herido por aquel oficial caí de mi caballo. Fue la misma sensación, más dolorosa aún, porque la primera vez sentí el dolor en el costado, y la segunda en el corazón.

Vos estabais pálida pero serena; atravesabais la plaza con paso firme, y parecía que teníais prisa en llegar a la iglesia. Anonadado pasé mi mano por mis ojos y casi exclamé, murmurando a media voz, en medio de mis admirados vecinos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Esto no es verdad... ¡Dios mío! No es ella... ¡Dios mío! Mis ojos, mis oídos, todos mis sentidos me engañan... sólo ella, sólo ella no me engaña; no puede ella engañarme.

Después, pasando vos a diez pasos de mí, me quedé mudo esperando siempre que no llegaríais hasta la iglesia, y que diríais que ibais por la fuerza, y entonces hubiera arriesgado yo mi vida por decir:

—Sí, yo la amo; sí, ella me ama; sí, yo soy el conde de Moret, muerto para todo el mundo menos para ella, menos para Isabel de Lautrec, mi prometida en este mundo y en el otro... dejadme pasar con mi prometida.

Y os hubiera llevado ante todo el mundo, y a pesar de todos, pues me sentía con la fuerza de un gigante.

¡Oh, Isabel, Isabel! Permanecisteis muda, no detuvisteis vuestra marcha, y entrasteis en la iglesia. Un grito agudo, desgarrador, ahogado por largo tiempo en el fondo de mi pecho, salió de él en el momento en que desaparecisteis bajo el pórtico, y entonces, sin dar tiempo a que nadie me preguntase la causa, salí de entre la multitud, y desaparecí. Volví a las orillas del río, entré en mi barca y me arrojé en medio de mis marineros, arrancándome los cabellos y gritando; ¡Isabel! ¡Isabel!

Me dejaron un momento entregado a mi desesperación; después me preguntaron adonde íbamos. Les señalé el curso del río, desataron la barca, y el Rhone nos llevó. ¿Qué más he de deciros? Sin duda he vivido cuatro años después, puesto que hoy me hayáis vivo y amándoos. Pero no he existido. Aguardaba el término que me había impuesto para pronunciar mis votos; ese término vos me lo habéis recordado; gracias.

Desde que sé que no me habéis hecho traición y que me seguís amando, la vocación me es más fácil, y marchó más tranquilo hacia Dios.

Rogad por vuestro hermano... vuestro hermano rogará por vos.

A las tres de la tarde.

Carta vigésima

El mismo día, a las cinco y media.

¿Qué decís? No os entiendo. ¿Vos que me habéis encontrado, que estáis seguro de que no os he hecho traición, que os amo más que nunca, y aún así recordáis el término de vuestros votos y decís que esta circunstancia os hace más fácil la vocación y os da más calma para dedicaros a Dios?

¡Dios mío! ¿Abrigáis aún el proyecto de renunciar al mundo?

Escuchadme. Dios no es injusto. Cuando me consagré a él, era en la creencia de que vos habíais muerto; mas como vivís, Dios no ha podido recibir unos votos arrancados por la desesperación, puesto que la causa de ella no existe; soy, pues, libre; libre a pesar de mis votos.

¡Oh! Sí, sí, vos lo habéis dicho; hemos estado casi juntos por un momento en esta abadía, y nada nos ha indicado que estuviésemos tan cerca el uno del otro. ¡Oh! Yo me engaño, soy ingrata con mi pobre corazón. Una voz me gritaba; «Vive aquí, permanece aquí, pues él se halla aquí».

Sí, bien lo comprendo; temió por sí la pobre señora, temió que la hospitalidad que os daba fuese su perdición. ¡Oh! ¿Por qué no os encontré? Me hubiera vanagloriado de la misión que Dios me había dado de salvar al hijo de Enrique IV. Todo lo hubiese arrostrado la única gloria de decir; «Cuando todo el mundo le ha abandonado, yo sola lo he protegido». ¡Loca de mí! Al decir esto os hubiera hecho traición, y os hubiera perdido como se perdió el mariscal duque.

Más vale, pues, que haya ignorado esa existencia y que vos vivieseis; más vale, pues, que yo sufra, que sea desgraciada, que muera.

Mas, ¿por qué he de ser desgraciada? ¿Por qué he de morir? Vos no habéis pronunciado aún vuestros votos, y yo considero los míos como nulos. Partamos para Italia, para España, al fin del mundo. Yo soy rica aún; además, ¿qué necesidad tenemos nosotros de riquezas? Vos me amáis y yo os amo; marchemos, marchemos.

¡Oh! Respondedme, contestadme, decidme dónde estáis, donde podré hallaros. Tened presente que vos habéis sospechado de vuestra Isabel y que le debéis una satisfacción. Aguardo con ansiedad la contestación.

Carta vigésima primera

A las cinco de la mañana.

Vuestra carta ha hecho vibrar hasta las fibras más pequeñas de mi corazón.

¡Ah, qué destino tan fatal es el nuestro! Vos me ofrecéis la dicha que he aguardado y deseado toda mi vida, y yo no puedo aceptarla.

¡Isabel, Isabel! Vos sois noble como yo. Una simple promesa hecha a los hombres nos obliga; ¡con cuánta más razón nos obligará un juramento hecho a Dios! No os hagáis ilusiones. Vuestros votos son bien reales, y Dios no admite semejantes subterfugios.

No hay, pues, para nosotros más que un solo porvenir, al que nos ha arrojado nuestra desdicha. Vos me mostrasteis el santo camino, entrando en él la primera. Yo os sigo, y llegaremos juntos, pues nos dirigimos al mismo punto. Yo rogaré por vos, y vos rogaréis por mí. Nuestras súplicas serán más ardientes que si las hiciésemos por nosotros mismos, y el Señor nos concederá la vida eterna con el amor eterno, en vez del amor perecedero de la vida mortal.

Al decir esto, no creáis que mi amor es menor que el vuestro. No, bien sé que no os puedo amar más de lo que vos me amáis; pero os amo con la fuerza de un hombre, tanto más fuerte, cuanto que cayó de más alto, y que después de haber tocado las puertas de la muerte ha salido de la tumba con el rostro pálido, como aquellos a quienes se hacen revelaciones en la otra vida.

Creedme, Isabel; cuanto mayor sea mi amor, mas insistiré sobre este punto. No arriesguéis vuestra salud eterna sobre un sofisma. La vida de este mundo es comparada con la eternidad lo que un segundo comparado a un siglo. Vivimos sobre la tierra un minuto y una eternidad cerca de Dios.

Mas, por otra parte, escuchad bien lo que voy a deciros; el poder que obliga tiene el derecho de desobligar. Urbano VIII es papa, vuestro padre tiene grandes relaciones en Italia, solicited la relajación de vuestros votos. Cuando eso suceda, Isabel, decidme; «Soy libre», y entonces... ¡oh! no me atrevo a pensar en tal dicha, en la felicidad sin remordimientos que nos pueda estar reservada.

Carta vigésima segunda

A las dos de la tarde.

Sí, tenéis razón; nada debe turbar nuestra dicha. Es menester que en nuestro corazón no haya ni temor ni remordimiento. Es necesario que al cielo sombrío y nebuloso suceda otro cielo limpio y sereno. Sí, aquel a quien yo me dirigiré, me escuchará; sí, por inflexible que sea, tendrá piedad de mí; sí, sólo pido a vos tres meses para conseguir mi libertad, y si durante este tiempo nuestra paloma no os lleva la bula de mi dispensa, entonces no tenemos más esperanza que el cielo.

Dedicaos entonces a Dios; uníos a él con nudos indisolubles. ¡Oh! Estaré muy orgullosa en pensar que aún estáis libre mientras yo estoy encadenada.

Mañana marcharé.

Carta vigésima tercera

A las cuatro y media de la tarde.

¡Marchad y que Dios os acompañe!

Carta vigésima cuarta

1 de junio de 1638.

Hoy hace un mes que recibí vuestra última carta, un mes que no he visto venir nuestra paloma, un mes que nadie me ha hablado de vos más que mi corazón.

Cuando se aguarda, los minutos se hacen horas, las horas días, los días años; ¿podré aguardar aún dos meses? Sí, porque no perderé la esperanza hasta el último día.

Escribo esta carta sin saber si vos la recibiréis; pero la escribo para demostrar que, hasta el día que debe separarnos o unirnos, he pensado en vos a cada latido de mi corazón.

Carta vigésima quinta

22 de junio de 1638.

Vuela, Paloma querida, vuela hacia mi querido resucitado; dile que sus súplicas me han protegido, que soy libre, que somos dichosos.

¡Libre, libre, libre! Déjame contarme esto, querido mío. No sé por dónde empezar; estoy loca de alegría.

Bien sabes que el mismo día en que te escribí mi última carta se publicó oficialmente la feliz noticia de que la reina se hallaba encinta. Con este motivo debía haber grandes fiestas en toda la Francia, y se habían de conceder multitud de gracias por el rey y por el cardenal.

Resolví el ir a arrojarme a los pies de este último, que tiene plenos poderes de Roma para todos nuestros asuntos eclesiásticos.

He aquí por qué sólo te pedía tres meses.

El mismo día en que te escribí salí del convento con el permiso de nuestra superiora. Mi vecina de celda se encargó de cuidar nuestra paloma; tenía tanta confianza en ella como en mí, y se la dejé sin temor alguno.

Salí, entonces; mas por grande que fue mi prisa, tardé en llegar a París diecisiete días. El cardenal se hallaba en su casa de campo de Rueill, e inmediatamente partí hacia allí. Estaba enfermo, y no recibía; me alojé en el pueblo, y aguardé; había dejado mi nombre al abate Joseph.

Al tercer día el abate Joseph vino a anunciarme en persona que Su Eminencia se disponía a recibirme.

Al oírle me levanté, mas volví a caer sobre mi asiento; palidecí visiblemente y mi corazón parecía querer salir del pecho y las piernas no me podían sostener.

El abate Joseph no es muy sensible según dicen, y sin embargo cuando me vio casi expirando con sólo la idea de presentarme al cardenal, me animó con sus palabras, anunciándome que si tenía algo que pedirle era el mejor momento, porque el cardenal no había estado hacía mucho tiempo tan bien como ahora.

—¡Ah!, toda mi vida depende de lo que le voy a decir.

Seguí al abate Joseph sin ver nada, mis ojos estaban fijos en él y sus pasos dirigían los míos como si mis movimientos dependiesen de los suyos. Atravesamos así una parte del pueblo y entramos en el jardín. Seguimos una larga calle de árboles y yo lo veía todo pero sin fijarme en nada.

Por fin descubrí a lo lejos junto a un seto de madreselvas y clemátides a un hombre medio acostado en un sillón. Vestía toga blanca, y tenía las insignias de

cardenal. Señalé con la mano a este hombre, y el abate Joseph comprendió mi interrogación.

—Sí, sí —me dijo—, es él.

Al mismo tiempo pasábamos junto a un gran árbol; me apoyé en él, porque conocí que si hubiera dado un paso más sin buscar apoyo, me hubiera caído.

Reparó en mi timidez y en el movimiento que indicaba mi debilidad, y se levantó.

—Acercaos sin temor —me dijo.

Yo no sé qué sensación le hizo dulcificar para conmigo su voz generalmente dura; pero al fin su voz reanimó mis esperanzas.

Reuní mis fuerzas al momento, e iba a arrojarme a sus pies.

Hizo señas con la mano al abate Joseph para que se retirara, y éste le obedeció, retirándose lo que podía alcanzar la voz, pero sin perderle de vista.

Incliné mi cabeza tendiendo hacia él las manos en actitud suplicante.

—¿Qué queréis, hija mía? —me dijo.

—¡Monseñor, monseñor! Una gracia de la que depende mi salvación y la de mi alma. —¿Cómo os llamáis?

—Isabel de Lautrec.

—¡Ah!, vuestro padre era un fiel servidor del rey, cosa rara en estos tiempos de rebelión. Hemos tenido la desgracia de perderle.

—Sí, monseñor. ¿En ese caso me permitiréis invocar su memoria delante de vos?

—En vida le hubiera concedido cualquiera cosa, fuera de las que prohíbe el Señor, pues para éstas no soy más que un simple vicario. Hablad, ¿qué es lo que deseáis?

—Monseñor, yo he profesado.

—Lo sé, y aunque a petición de vuestro padre yo me opuse con todo mi poder a esa profesión, tuve que concederla según vos me pedíais, pasado el año de noviciado.

—¡Ay! ¡Ay! Monseñor.

—¿Os arrepentís ahora?

—Me alegraría más tener que atribuir mi arrepentimiento a inconstancia que a mi fidelidad. Monseñor —le dije—, entonces no tenía más que dieciocho años, y la muerte de un hombre a quien amaba me había trastornado.

—Sí, y ahora tenéis veinticuatro años y pensáis de otra manera.

Admiré la memoria de este hombre, que tenía tan presente la época de un acontecimiento tan poco importante a sus ojos como la entrada en un convento de una pobre muchacha a quien jamás había visto.

—¿Y queréis ahora romper vuestros votos porque la mujer ha vencido a la religiosa, porque los recuerdos del mundo os han perseguido en vuestra celda, porque vos habíais dado el cuerpo a Dios y el alma había permanecido en la tierra? ¡Oh debilidad humana!

—¡Monseñor, monseñor! —exclamé yo— si vos no tenéis compasión de mí, estoy perdida.

—Sin embargo, vos profesasteis libre y voluntariamente.

—Sí, libre y voluntariamente; pero repito, monseñor, que estaba loca.

—¿Y qué excusa podríais dar a Dios de la poca constancia de vuestra voluntad?

—¡Qué excusa! Dios que os ha conservado la vida, sabe bien lo que pasa en mi corazón. Si digo una palabra más me mato.

—Vos no habéis dado ninguna excusa —dijo el cardenal.

Al oír esto creí desfallecer de dolor.

—Entonces tendré que buscar una disculpa un poco mundana quizá. ¡Oh! Socorredme; ayudadme, monseñor, y os bendeciré hasta el último día de mi vida.

—¡Está bien! No quiero, como ministro de Luis XIII, que perezca un nombre tan honroso como el que lleváis. Vuestro nombre es una de las verdaderas glorias de la Francia, y yo amo mucho las glorias de Francia.

Después, mirándome fijamente, me preguntó:

—¿Amáis a alguien?

Yo incliné mi frente hasta el suelo.

—Sí, eso es; lo he adivinado; ¿y es libre el que amáis?

—Sí, monseñor.

—Sabe el paso que habéis dado, y espera, ¿no es verdad?

—Sí, monseñor.

—Está bien. Este hombre unirá a su apellido, sea el que sea, el de Lautrec, a fin de que el nombre del vencedor de Ravenna y de Brescia sea imperecedero como su memoria, y vos quedaréis libre.

—¡Ah, monseñor! —exclamé yo besando sus pies.

Me levantó con alegría, e hizo una seña al abate Joseph para que se acercase.

—Volved a acompañar a la señora Isabel de Lautrec, y dentro de una hora le llevaréis la bula, relevándola de sus votos.

—Monseñor, monseñor, ¿qué haría yo para pagar tanta bondad?

—Eso es muy fácil; cuando os pregunten vuestra opinión acerca de mí, decid que yo sé premiar y castigar. Vivo, castigué al traidor Montmorency; muerto, recompensé al leal Lautrec.

Besé cien veces sus manos, y seguí al abate Joseph.

Una hora después recibí la bula que me relevaba de mi profesión.

Partí al instante, trayendo la preciosa bula sobre mi corazón, más ferviente por Dios de lo que había sido antes.

No he empleado más que tres días en mi vuelta, y te escribo, no todo lo que tengo que decirte, porque entonces tendría que escribir un libro, y tardarías ocho días en saber que soy libre, que te amo cada vez más, y que vamos a ser felices. Me apresuro a concluir, para que sepas esta noticia un minuto antes.

Los caballos estarán enganchados a la vuelta de la paloma, y yo parto.

Dime dónde estás, y espérame.

Anda, paloma mía; jamás he necesitado tanto de tus alas como ahora. Ve, y vuelve.

¿Lo comprendes, querido mío? Nada más que el sitio donde estás, y yo te hallaré. No quiero que retardes nuestra reunión sino el tiempo necesario para decirte que te amo.

Carta vigésima sexta

10 minutos después.

La maldición ha caído sobre nosotros. Este hombre, que nos fue tan fatal, querido mío, lo ha vuelto a ser por segunda vez, y aún más que la primera.

Escúchame, escúchame, aunque no me oigas, aunque nunca hayas de saber lo que te voy a decir.

Até, como de costumbre, esta carta al ala de nuestra paloma, en que te contaba todo; esta carta, que te llevaba un porvenir de felicidad; solté a la pobre Iris, y la seguía con mi vista por los aires en que comenzaba a volar, y de repente escucho un tiro cerca de las tapias del convento, y veo que la paloma se detiene, que vacila y que cae.

Di un grito de dolor en que creí que se me arrancaba el alma.

Enseguida salí del convento con tanta precipitación que todos supieron que me había sucedido una gran desgracia, y nadie se opuso a mi salida.

Había visto la dirección en que había caído la paloma y corrí hacia allí.

Como a cincuenta pasos del convento vi un capitán cazando. Era el que había tirado a la paloma; la tenía entre sus manos y miraba como admirado y con sentimiento la carta que llevaba pendiente del ala.

Llegué a él con los brazos extendidos. No podía hablar. Sólo dije; ¡maldición, maldición! A cuatro pasos de él me quedé estupefacta. Este capitán que acababa de herir nuestra paloma era el mismo que vi aquella noche en el campo de batalla de Castelnaudary. Era el mismo Biteran que te hizo caer del caballo al suelo.

Nos reconocimos.

Su palidez era igual a la mía. Me vio vestida de religiosa, y supo que era él el que me había hecho tomar el hábito.

—En verdad, señora, que soy muy desgraciado —dijo él, y me mostró la paloma que revoloteando en su mano, cayó al suelo.

La cogí entre mis manos, y por fortuna sólo tenía rota un ala. Pero ella es la única que sabe el secreto de tu residencia. ¿Dónde te hallaré? ¿Dónde te encontraré si ella no puede volar a donde tú estás para decirte que estoy libre y que vamos a ser felices?

Seguramente que este pobre animal tiene una inteligencia superior. Si le hubieras visto, querido mío, cómo me miraba cuando la volví al convento, al paso que su asesino me veía retirarme con la misma inmovilidad con que me vio retirarme por la hierba ensangrentada de aquella pradera en que se dio la batalla.

Yo no sé si algún día este hombre nos hará tanto bien como mal nos ha hecho; pero necesitará hacerlo para que yo no le maldiga en mi última hora.

He puesto a la paloma en un cestito que tengo sobre mis rodillas. Felizmente no tiene ninguna herida en el cuerpo. Sólo la punta del ala es la que tiene rota.

Acabo de quitar de su ala la carta ensangrentada. ¡Dios mío! Sin este suceso quizá la estarías ya leyendo.

¿Dónde estás? ¿Quién me lo podrá decir?

En este momento acaba de venir el médico del convento a quien he mandado a buscar.

Carta vigésima séptima

A las cuatro.

El médico es un hombre excelente y ha comprendido que en ciertas situaciones misteriosas de la vida es tan preciosa la existencia de una paloma como la de un rey, y lo ha comprendido bien, viendo mi desesperación y la carta ensangrentada.

La herida no es nada en sí, y en tres días se hubiera curado si se le hubiera cortado el ala. Pero yo me he opuesto, me he arrojado a sus pies, y llorando le he dicho:

—De esa ala que quiere usted cortar depende mi vida; es preciso que vuele, que vuele.

—Eso —me ha contestado—, es más difícil y no puedo responder de ello; pero haré cuanto pueda, y para que vuele será preciso esperar quince o veinte días.

—Está bien, aunque pasen veinte días, pero que vuele.

Tú comprenderás, amigo mío, y mi esperanza está en eso. Se le ha atado el ala al cuerpo y parece que lo comprende todo, pues no hace movimiento alguno y se contenta con mirarme.

He aproximado a su pico su alimento, y además le doy de comer por mi mano.

¿Qué podría yo hacer entre tanto para comunicarte lo que ha sucedido? ¿Qué mensajero podría yo enviar que te hallase? ¿Hacia qué punto del cielo me volvería como el náufrago perdido en medio del océano para dirigir su rumbo? ¿Por qué no ha sido un brazo mío el herido y no su ala?

Carta vigésima octava

23 de junio.

Tenías razón, amado mío; lo reconozco; si no hubiese obtenido la relajación de mis votos, hubiera habido siempre un remordimiento en el fondo de nuestra dicha, o más bien, no hubiera habido dicha, porque esa dicha no la hubiera sancionado Dios. Cuando te decía; «Soy libre, huiremos juntos, seremos felices», me engañaba a mí misma, porque quería olvidar; pero en lo íntimo de mi alma se levantaba una voz, que, por fuerte que fuera la de mi amor, la hacía callar a veces.

Hoy soy muy desgraciada, pues no sé cómo volverte a ver ni a hallar; pero mi conciencia está tranquila, y cuando digo y repito «te amo», no siento en el corazón aquel dolor agudo que experimentaba hasta en el mismo momento en que te decía; «no temas, amado mío, seremos felices».

He cuidado a nuestra paloma, como hubiera podido cuidar a una hermana enferma. Sufre mucho, de vez en cuando cierra los ojos de dolor. Dejo caer gotas de agua fría sobre su ala, y eso parece aliviarla, pues me acaricia con su sonrosado pico, como si me diera las gracias. ¡Pobre paloma! ¡No sospecha seguramente cuanto egoísmo hay en los cuidados que le prodigo!

Pero tú, ¡qué deberás pensar, Dios mío!

Carta vigésima novena

1 de julio de 1638.

Han transcurrido dieciséis días sin noticia alguna, y mis ojos se cansan en atravesar el horizonte, en que busco en vano a nuestra querida paloma. A cada punto negro que diviso en el espacio digo para mí: «es ella». Pero a los pocos momentos advierto mi error, y mi pecho, inquieto de esperanza, se desahoga con un suspiro.

No importa; aguardo y espero siempre; una vez que vives y me amas, ¿por qué he de desesperar en la dicha?

Pero el tiempo pasa. Dos meses hace que partiste, y, si no me engaño, hace ocho o diez días que deberías estar de vuelta.

¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Se habrá negado ese corazón de bronce?

¡Dicen, sin embargo, que ese hombre ha amado!

¡Señor! ¡Dios mío, no nos abandonéis!

Carta trigésima

5 de julio.

¡Ay! ¡Si supieras, pobre amado mío, lo que he escrito hace quince días! ¡Hay en ello todo un mundo de pensamientos, de deseos, de esperanzas y de recuerdos! Si nos volvemos a ver, ¡ay! Dios lo quisiera como se lo pido ardientemente por el día, y sobre todo por las noches; si nos volvemos a ver leerás todo esto, y entonces, sólo entonces podrás comprender cuánto te amo.

Si nos volvemos a ver... y en este temor se encierran todos los tormentos del infierno... entonces seré yo la que vuelva a leer esas cartas, la que añadiré a ellas cada día una página de mayor desesperación todavía que la anterior; la que moriré sobre la última, escribiéndote; ¡te amo!

¡Ay! Yo que creía haber agotado por ti todas las angustias y todos los goces de mi corazón, conozco que hay todavía en el porvenir abismos de goces y dolores que no había sospechado siquiera.

Mañana... ¿y por qué tiembla mi mano al escribir esta palabra?... mañana será el día que decida mi vida, porque mañana veré si tu paloma puede volar. Tres días hace que ha salido de su cestito, que extiende sus alas, que se ensaya en mi cuarto, que vuela de la puerta a la ventana. No parece sino que la pobre avecilla comprende todo el interés que ambos tenemos en que recobre la fuerza de sus alas.

¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana!

Escribiré un billete muy breve para no cargarla con un peso inútil. Cuatro palabras tan sólo, pero que todo te lo dirán.

¡Hasta mañana, pues, amado mío!, voy a pasar la noche en oración. No pienso siquiera en dormir, pues sería en vano. ¿Qué haces tú entretanto? ¡Dios mío! ¿Sospechas siquiera cuánto te amo y cuánto sufro?

Carta trigésima primera

6 de julio.

El alba ha aparecido, y, como te he dicho, no he cerrado los ojos un momento, y he pasado la noche en oración. Espero que Dios me habrá oído, y que sabrás hoy dónde estoy, que soy libre y que te aguardo.

La paloma está tan impaciente como yo, y azota los vidrios con sus alas y su pico. Voy a abrirle la ventana; ¡pobre animalito! Dios quiera que tu ala esté bastante fuerte para el viaje que vas a emprender.

Interrumpo esta carta para escribir el billete que te va a llevar, o quizá va a intentar llevarte.

Dan las cuatro en este momento.

Carta trigésima segunda

6 de julio, a las cuatro de la mañana.

Si la paloma llega hasta ti, amado mío, lee este billete, y parte sin perder un momento, como partiría yo si supiera dónde hallarte.

Soy libre, te amo y te aguardo en el convento de Montelieu, entre Foix y Tarascón, a orillas del Ariège.

Luego sabrás por qué no te digo más, por qué es tan lacónico este billete, y por qué es tan fino el papel.

Sabrás todo eso y mil cosas más, todas nuestras desgracias, todas nuestras agonías, todas nuestras esperanzas, si nuestra querida mensajera llega hasta ti, porque si llega, partirás al momento, ¿no es cierto?

Te aguardo, amado mío, como el ciego aguarda la luz, el moribundo la vida, el muerto la resurrección.

Marcha paloma querida, marcha.

Carta trigésima tercera

6 de julio, a las cinco de la mañana.

¡**E**stamos maldecidos! ¡Ay, mi amado conde! ¿Qué va a ser de nosotros? No me queda ya sino morir en la desesperación y en las lágrimas. La paloma no puede volar; á los cien pasos ha flaqueado su ala. Ha encontrado las últimas ramas de un álamo por encima de las cuales quiso pasar; chocó contra ellas, y de rama en rama ha bajado al suelo.

Corrí hacia ella con los brazos extendidos y el corazón quebrantado; mi carrera ha sido un largo gemido, terminado por un grito de dolor. La cogí al momento, y después de un momento de reposo, quiso emprender a volar por segunda vez; pero por segunda vez cayó también, y yo a su lado desesperada, arrancando la hierba con mis dientes y manos. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí? Estaba yo muy contenta, muy feliz, muy segura de la dicha que tenía en mi mano; la fatalidad me la ha abierto, y mi querido tesoro ha marchado.

¡Oh! ¡Señor, Señor! ¿No me enviaréis una inspiración, una luz, una chispa de fuego? ¡Señor, Señor! ¡Amparadme!, Señor; ¡ten piedad de mí! Señor, Señor, mi razón se extravía. ¡Aguarda, aguarda!

Bondad divina, ¡tú me has oído!

¡Escucha, escucha, amado mío! Renace la esperanza en mi corazón, o más bien esa esperanza es una inspiración del cielo.

¡Escucha! Desde mi ventana, he seguido con la vista el vuelo de nuestra paloma al partir, que sin equivocación, puedo caminar dos o tres leguas por lo menos en la misma dirección que ella. La paloma pasaba por encima del nacimiento del arroyo que desemboca en el Ariege por el Foix, y debía pasar por encima del pequeño bosque de Amourtier por encima del Salat entre Saint-Girons y Oust.

Pues bien; mira lo que voy a hacer; tomaré un traje de peregrina e iré en busca suya hasta la pequeña aldea de Rieupregan; siempre la perdía de vista en dirección de esa aldea, y cuando la deje atrás, seguiré sus pasos. La paloma puede salvar en cada vuelo una distancia de cien pasos. Pues bien, volará cien pasos, descansará y volverá a avanzar otros cien pasos sirviéndome de guía; la seguiré, la seguiré como los hebreos seguían la columna de fuego por la noche y la columna de humo por el día; porque yo también iré en busca de la tierra prometida, y la hallare o moriré de fatiga y de dolor en el camino. ¡Ay!, sé bien que el camino será largo; la pobre paloma... ¡perdona lo que te haré sufrir dulce mártir de nuestro amor!... la pobre paloma no podrá avanzar arriba de una o dos leguas por día; no importa, amado mío, aún cuando

debiera emplear el resto de mi vida en buscarte... ¡Oh! Sí, te buscaré hasta el fin de mi vida.

Marcho por lo tanto, marcho sin demora hoy mismo. Todo lo he dicho a nuestra superiora, todo, excepto tu nombre. Es una santa y digna mujer que ha sufrido con mis dolores y llorado con mis lágrimas. Me ha ofrecido dar una persona que me acompañe; pero no le he admitido. No quiero a nadie; lo que quiero hacer es una cosa de instituto, un misterio entre el cielo y nosotros, y sólo le he prometido escribir si te hallo.¹ Si no le escribo, sabrá que he muerto, que he muerto loca, desesperada, en el rincón de algún bosque, a orillas de algún camino o de algún río.

Parto llevando conmigo todas esas cartas que te he escrito, que no has recibido y que quizá no recibas jamás. ¡Ay! Si pudiera arrojarlas todas algún día a tus pies, diciéndote; ¡lee, lee, amado mío, y verás cuánto he sufrido!, ese día sería muy feliz.

Parto ahora que son las tres de la tarde, y espero llegar hoy hasta Rieupregan.

Carta trigésima cuarta

17 de julio, por la noche.

He estado en la iglesia antes de ponerme en camino, a fin de llevar a Dios conmigo, por decirlo así. Me prosterné delante del altar, apoyé mi frente sobre una piedra esculpida en el sitio en que la escultura figura una cruz, y oré.

¡Oh! Indudablemente hay cierto bálsamo en la oración. La oración es el verde rellano en donde uno se sienta y descansa después de un viaje penoso. La oración es el arroyo que uno halla en medio de las arenas del desierto y que le sirve para refrescarse.

Salí de la iglesia llena de fuerza y esperanza; me parecía que Dios había puesto sobre mis hombros las alas de alguno de sus ángeles; la oración era la que me arrancaba de la tierra y me impulsaba hacia el Señor.

¿No es cierto, Señor, que esto es una prueba tan sólo? ¿Es verdad que no me habéis condenado, que él se halla al fin del camino, cuyas primeras distancias acabo de salvar? Aguárdame, amado mío; aguárdame, porque te juro llegar un día u otro...

Te he dejado un momento para apoyarme en el hierro de una ventana que da a la aldea de Boussenal. Esta aldea está situada en mi camino y mañana pasaré por ella, a menos que nuestra paloma me aparte de esa dirección. Un perro aúlla tristemente perdido sin duda en un bosque que veo a mi derecha como una mancha sombría sobre la tierra. Dije entonces para mí; si el perro cesa de aullar, será buena señal, y le hallaré.

El perro calló.

¡Qué supersticioso es uno cuando sufre, amado de mi corazón! ¿Lo sabes tú? ¿Sufres también? ¡Qué hermosa noche, Dios mío! Quizá estés a una ventana como yo en la mía, mirando hacia mi lado como yo hacia el tuyo, y pensando en Dios y en mí, como yo pienso en ti y en Dios. ¿Has visto esa hermosa estrella que ha cruzado el cielo dejando un poco de fuego? ¡Cuántas leguas habrá recorrido en un segundo!

¡Ay! ¡Si pudiera yo ir como ella en un segundo desde aquí hasta donde tú estás, aunque al llegar hubiera de extinguirme como ella!

¡Aceptaría con gusto ese refulgente segundo de felicidad, aunque en pos de él viniese la noche eterna!

Hasta mañana, amado mío, espero que el día de mañana me acercará más a ti.

Carta trigésima quinta

9 de julio.

Heme aquí en una aldea llamada Soulan. ¡Qué tempestad, gran Dios! ¿Qué había hecho la tierra, que Dios la ha amenazado con su voz terrible? El agua que ha caído a torrentes ha hecho crecer el Salat; no es posible vadearlo, y para hallar un puente necesitaría retroceder hasta Saint-Girons, o lo que es lo mismo, perder dos días.

Me aseguran que mañana podré continuar mi camino, y que el río habrá recobrado su nivel.

¡Ay! ¡Un día perdido! ¡Un día durante el cual de seguro me estás aguardando!
¡Un día durante el cual quizá me acusas!

Carta trigésima sexta

12 de julio, por la noche en la aldea de Alos.

Un aldeano ha consentido en servirme de guía, y he atravesado el río en su mula. Hubo un instante en que estuvimos todos a punto de ser arrastrados por la corriente; por espacio de una tercera parte del cruce el animal perdió tierra. Yo levanté los ojos al cielo, y con las manos cruzadas sobre el pecho, dije:

—Si muero, Dios mío, vos sabéis que es por él.

Ya ves que debemos encontrarnos, puesto que no he muerto.

Carta trigésima séptima

15 de julio.

He emprendido de nuevo mi viaje a pie, guiada siempre por nuestra paloma. El 13 pase de Alós a Castillon, jornada demasiado larga para la pobre avecilla. Pienso que debía tener más compasión de ella; he caminado tres leguas por lo menos.

Al día siguiente 14 pagué mi crueldad del día anterior haciendo una legua apenas, y hoy 15 me encuentro en Saint-Lary al otro lado de un arroyuelo sin nombre que desemboca en el Salat.

Por lo demás estoy segura de seguir la dirección debida. La paloma no titubea un instante, ni se extravía un segundo, por el contrario avanza derecha sin vacilar nunca. Pero el tiempo pasa, y tú aguardas; el tiempo pasa, y tú has hecho un voto.

¡Ay!, no te apresures a cumplir ese voto, amado mío; cree en mí, cree en tu Isabel. Has dudado de ella un instante, y esa duda nos ha costado cara a los dos.

Carta trigésima octava

18 de julio.

Tres días hace que ando casi a la aventura rodeando bosques y costeano arroyos. ¡Ay! El aire no tiene todos los obstáculos que me ofrece la tierra. La paloma pasaba por el sitio mismo en que a veces me veía precisada a detenerme. Te lo confieso, amado mío; hay momentos en que me faltan a la vez, el valor y las fuerzas, y me recuesto al pie de un árbol, moribunda y desesperada.

Hace ya once días que he salido, y apenas he andado quince o dieciocho leguas, lo que ella recorría en una hora cuando era nuestra mensajera de amor, y pasaba veloz como la flecha por encima de esos miserables reptiles que ese intitulan reyes de la creación, que no tienen el instinto de un ave, y que emplean once días en hacer el camino que una paloma recorre en una hora.

Dime; ¿cómo es que una miserable aguja imantada sepa dónde está el norte, y que yo, criatura que vive, que piensa y que obra, hecha a imagen del creador, no sé dónde estás? ¿Cómo es que un buque, que sale de un punto del mundo, va al otro extremo del mismo a hallar una isla en medio del océano, y que yo no pueda encontrarte a ti, hacia quien, por decirlo así, sólo tengo que extender los brazos?

¡Ay, lo reconozco, Dios mío! ¡Si quiero hallarle, no es a él hacia quien debo extender los brazos, sino hacia vos!

¡Dios mío, sostenedme! ¡Dios mío, conducidme! ¡Dios mío, guiadme!

Carta trigésima novena

29 de julio.

Vuelvo en mí, a la luz, a la vida.

He creído morir, mi muy querido conde, y poco ha faltado para saber dónde estabas, porque los muertos todo lo saben; poco ha faltado para que la sombra de Isabel fuese la que entrara en tu celda de noche, a la hora en que entran los fantasmas.

Por esto siento vivir. Al ver mi sombra hubieras comprendido que estaba muerta, al paso que no viendo cuerpo ni sombra puedes creer que te he olvidado o engañado. No digas que no, ¡ay! Una vez lo creíste.

Ni te he olvidado, ni engañado nunca, te amo, te amo; pero he estado a punto de morir. ¿Te acuerdas de aquel herido que había tenido sed, y arrastrándose junto al arroyo perdiendo las últimas gotas de su sangre, los últimos alientos de su respiración para tocar el agua con sus labios, y que murió al probar la primera bocanada? Pues bien, casi me ha sucedido a mí lo mismo. Después de una larga excursión por bosques que me dijeron ser los de Mauleon, llegué sedienta a un manantial. Bebí creyendo recobrar mis fuerzas y poder continuar mi camino. Lo seguí en efecto; pero no bien había andado unos cien pasos me detuve temblando de frío, y acometida por la calentura, caí desmayada a orillas de la senda que seguía.

Nada sé de lo que pasó a consecuencia de ese desmayo. Lo que sé es que anoche desperté muy débil, y al mirar en torno mío, me encontré en un cuarto bastante aseado; al pie de mi cama velaba una mujer desconocida, y a la cabecera estaba en pie nuestra paloma, acariciando mi mejilla con su pobre ala rota.

Aquella mujer volvía del mercado de Manteon con dos hombres, que, viendo que yo respiraba todavía, tuvieron piedad de mí, y me condujeron donde estoy.

Me hallo en una pequeña aldea cerca de Nertier, según me han dicho; el cuarto que ocupo domina las cercanías, a lo que parece, pues desde mi cama no veo más que el cielo.

¡Oh, el cielo, el cielo! Sólo de él aguardo socorro.

Ayer pregunté la fecha, y me respondieron que era 28 de julio. ¡Ay! Van ya más de veinte días desde que salí y de caminar a la aventura. ¿Dónde estoy? ¿Lejos, o cerca de ti?

Pedí papel, pluma y tintero, pero a las primeras letras que tracé se me fue la cabeza, y no pude continuar.

Esta noche estoy mejor; escribo casi sin fatigarme, y no he descansado más que tres veces para escribir los treinta o cuarenta renglones que componen esta carta.

He dado las gracias a la buena mujer que me cuida; no necesito ya de que se quede en vela por la noche; estoy mejor y me siento fuerte. Esta noche trataré de levantarme, y mañana de ponerme en camino.

Me moriría permaneciendo inactiva mientras que tú me aguardas; porque me aguardas, ¿no es cierto, amado de mi corazón?

La paloma está también descansada; espero que podrá dar vuelos más largos, y por consiguiente acercarme a ti con mayor rapidez.

Esperaba pasar toda la noche escribiéndote, pero he fiado demasiado de mis fuerzas; necesito suspender mi tarea y decirte adiós; los oídos me zumban, todo bambolea en derredor mío, y las letras que trazo me parecen de fuego.

¡Ah!

Carta cuadragésima

A las tres de la mañana.

He dormido unas dos horas con un sueño horriblemente agitado y que se asemejaba mucho a un delirio. Afortunadamente, al abrir los ojos, he visto la aurora próxima a despuntar.

¡Ay, amado mío! ¡Cuán bella cosa sería el espectáculo de las salidas del día, si estuviésemos uno al lado del otro, si contásemos juntos y conforme fuesen desapareciendo, todas las estrellas, cuyos nombres sabes, y que se desvanecen en el éter pocos instantes antes de que el sol que las ahuyenta aparezca a su vez!

Abro mi ventana, pues me parece que debe dar a una extensión inmensa. ¡Ay! Cuanto mayor es la extensión más perdida me hallo.

¡Dios mío!, la bella fábula amorosa de Teseo y Ariadna no es más que una fábula; pero mi oración, mi oración profunda, ardiente, externa, ¿no osará enviarme de vuestra diestra bendita algún ángel que me traiga el hilo conductor que debe llevarme hasta él? ¡Ay!, escucho, miro y aguardo.

Nada, nada; ¡Dios mío! Nada más que el sol, es decir, vuestra imagen, que, sin aparecer todavía, tiñe de color de rosa toda la atmósfera que baña la cadena de montañas, tras de la cual se levanta en este momento. ¡Oh! ¡Para un corazón tranquilo, cuán bello sería este espectáculo! ¡Qué forma tan bella y graciosa es la de esas colinas, cuyo contorno a su lado se destaca sobre sus rayos dorados! ¡Qué hermosa y gigantesca es esa otra cadena de montañas que forma el horizonte con sus picos nevados, que se platean y brillan a los primeros fulgores del astro divino! ¡Qué terso, majestuoso y profundo es ese gran río que surca la llanura, y cuya corriente se dirige hacia mí! ¡Qué...! ¡Oh, Dios mío! No me engaño; ese ángel que yo imploraba y aguardo, ha venido invisible, pero realmente. ¡Dios mío! Esas colinas, tras las cuales se levanta el sol; esa doble cresta en cuyo centro se mece en este momento; esas montañas de nieve que parecen pilares de plata sosteniendo la bóveda celeste; ese gran río que corre de sur a norte, y recibe los arroyos vecinos como una soberana recibe el tributo de sus súbditos... Son las colinas, las montañas, el río que me ha descrito, y que ve desde sus ventanas. Mi horizonte es el suyo. ¡Dios mío!, y no me habéis extraviado sino para conducirme mejor cerca de él. No me habéis cerrado los ojos sino para enseñarme la luz cuando volviese a abrirlos.

¡Dios mío, Dios mío!, vuestra misericordia es infinita.

Sois grande, sois santo, sois bueno, y sólo se debe hablaros de rodillas.

¡De rodillas, pues, corazón sin fe que has dudado de la bondad del Señor! ¡De rodillas! ¡De rodillas!

Carta cuadragésima primera

A las cuatro de la mañana.

He dado gracias a Dios, y marchó. ¡Oh! Con la fe he cobrado la fuerza. No estaba débil sino porque estaba desesperada.

Daré una última mirada.

¡Oh! ¡Y qué fiel era el cuadro, amado mío! ¡Qué bien has visto como pintor, y que bien has descrito como poeta! Allí están las cumbres de los Pirineos que pasan del blanco mate al color de plata más vivo. Allí sus costados negros, que se iluminan poco a poco, pasando del negro al morado, del morado al azul claro, como una inundación de luz que bajase de las altas cimas. El día se esparce ya por la llanura, los arroyos resplandecen como hilos de plata, el río serpentea y ondula como una cinta de aguas, las avejillas cantan entre las matas de adelfas, en los vallados de granados y en las ramas de mirto; el águila, rey del firmamento, se cierne en el espacio.

¡Ay, amado mío! Estamos ya reunidos por la mirada y veo lo que tú ves.

¿Pero desde dónde lo ves tú?

Aguarda, aguarda, ahí está tu carta. ¡Oh! Tus cartas nunca se separan de mí un instante; cuando muera estarán sobre mi corazón, y los que me depositen en la tumba deberán, so pena de sacrilegio, enterrarlas en ella conmigo.

¿Desde dónde lo ves?

¡Dios mío! Apenas puedo leer; afortunadamente las sé de memoria, y si las perdiese podría volverlas a escribir desde la primera línea a la última.

¡Las he leído tantas veces!

Mi ventana, rodeada toda de un inmenso jazmín, cuyas ramas cargadas de flores entran en mi cuarto llenándolo de aroma, se abren al este.

Eso es, eso es.

El sol ha aparecido por mi izquierda, de consiguiente estás a mi derecha.

La plataforma que domino está inclinada del mediodía a norte, de las montañas a la llanura.

Sí, eso es.

Sí, allá abajo, en el horizonte... gracias, Señor, por la pureza del día que acabas de hacer... allá abajo está la plataforma donde se halla situada tu capilla. ¡Ay! ¿Por qué está tan lejos todavía, o porque es tan débil la mirada humana? Veo centenares de puntos blancos sembrados en medio de los verdes árboles; ¿cuál de todos esos puntos blancos es tu capilla? ¡Ay, paloma querida; paloma amada mía, paloma hija del cielo; a ti te toca decirme eso!

Parto, amado mío, parto, pues cada minuto perdido es un robo hecho a tu felicidad y a la mía; perder un minuto sería atentar a Dios.

¿No es cierto que me perdiste por haber llegado un minuto más tarde?

Ven, paloma. Sí, sí, mañana; quizá esta noche nos volvamos a ver.

Carta cuadragésima segunda

31 de julio.

La noche ha interrumpido nuestra pesquisa, amado mío; pero tengo esperanza.

He preguntado a todo el mundo, y me han enseñado desde lejos un convento de camaldulenses que se eleva sobre el paisaje, y a su lado una casita que se asemeja mucho a la que me has descrito. ¡Oh! Yo la veía blanquear en el vapor azulado de la tarde quizá era la tuya. Quizá por tu parte abarcabas con los ojos tu horizonte, sin saber que en ese horizonte se agitaba invisible para ti esta pobre criatura, que sólo vive por ti, y va a morir sin ti.

Me he informado, según te he dicho, y me han respondido que esa casa estaba habitada por un solitario, por un sabio, un hombre de Dios, joven todavía y hermoso. Ese hombre visita la cabaña del pobre y el lecho del moribundo, y encuentra palabras de consuelo para el sufrimiento, y hasta para la muerte. Ese hombre eres tú, amado mío. ¿No es verdad que eres tú?

Si eres tú, has pasado por el día por la aldea de Gamons, donde estoy yo.

Fuiste a visitar a un pobre aprendiz de carpintero que se rompió una pierna cayendo desde un tejado. Le curaste, y luego dijiste a toda la familia prosternada de rodillas a tu paso:

—Ya que estáis consolados, rogad a Dios por el que os trajo el consuelo.

¡Oh! Tú eres; lo he reconocido en esa frase dolorosa. Me aguardas; no sabes lo que es de mí, y sufres.

Sufres, porque dudas. ¡Oh! El hombre duda siempre; yo jamás he dudado, pues te creí muerto. ¡Cuando pienso que si hubiese llegado dos horas antes te hubiera quizá encontrado!

Y digo quizá, porque si estuviese segura de que eras tú, a pesar de lo quebrantada que estoy, al momento tomaría un guía y me haría conducir. ¡Pero si me engañara! ¡Si no fueses tú!... ¡oh! El instinto de la paloma vale más que todo; ni un instante ha vacilado. Las fuerzas son las que me han faltado, pero no ella.

¿Qué haces en este momento, donde quiera que estés, amado mío? A menos que pienses en Dios, creo que piensas en mí.

¡Ah! Cuando yo pienso en ti, pienso en Dios, y cuando pienso en Dios, pienso en ti. Son las once de la noche. ¡Hasta mañana, hasta mañana! Una inmensa esperanza, que no puede venir sino del cielo, me dice que mañana te volveré a ver.

Carta cuadragésima tercera

31 de julio, a las 11 de la noche.

No sé si te volveré a ver, amada de mi corazón; pero apresúrate, apresúrate; van a dar las doce de la noche, y a esa hora concluye el último día de mi vida que pasaré en el mundo. Mañana es el día señalado para mi profesión; he aguardado religiosamente a que transcurriesen tres meses enteros; pero no puedo faltar así eternamente en mi palabra a Dios. Dios me habla, puesto que tú callas, Dios me reclama, puesto que tú me abandonas. ¡Ay! No sin profundo dolor renuncio a esa esperanza que por un momento me devolviste. Había yo entrado con toda mi alma en lo pasado, esto es, en la felicidad; y me costará más salir de esa felicidad de lo que me costaría salir de la vida.

Y es que la vida del claustro no es, como se quiere suponer, la muerte del cuerpo ni la muerte del alma. Muchas veces he examinado cadáveres, y contemplando con mis ojos sus frentes pálidas y lívidas; aquello no era más que la materia en descomposición. Ninguna idea se agitaba en aquel cerebro dormido para siempre; ningún dolor material ni moral hacía estremecer aquellas fibras para siempre rígidas.

He examinado, por el contrario, también esos cadáveres vivos que se llaman monjes; su frente, aunque más pálida y lívida que la de un muerto, no era la de un difunto; las lágrimas que corrían de su corazón como de un manantial profundo e inagotable habían sacado sus ojos del fondo de su órbita, y ahondado a lo largo de sus mejillas ese surco de amargura, en el cual reconocerá Dios a los elegidos del sufrimiento de los que espero hará los elegidos de su amor.

Ese estremecimiento nervioso, que demuestra la vida y revela el dolor, agitaba continuamente sus miembros crispados. No era aquello la tranquilidad de la vida ni la calma del sepulcro. Era la agonía lenta, febril, devoradora, que lleva de este mundo al otro, de la vida a la muerte, del lecho al sepulcro.

Pues bien, Isabel; no me oculto que bajo al abismo, después de haber medido yo también su profundidad. ¡Voy a entrar en esa agonía, y ojalá me conduzca prontamente a la muerte! Adiós; voy a pasar la noche en oración. Desde las dos de la mañana sonaban las campanas para anunciar que un alma, ya que no un cuerpo, va a dejar la tierra por el cielo.

A las nueve deben venir a buscarme los que van a ser mis hermanos con Dios.

Carta cuadragésima cuarta

de agosto, a las cinco de la mañana.

Acabo de ver aparecer el sol por última vez. Jamás le he visto más brillante, más espléndido, más magnífico. ¿Qué le importan las lágrimas que derramo y humedecen el papel? Con exponerlas diez minutos a sus rayos, las embeberá como embebe la gota de rocío que se agita en la extremidad de una hoja de hierba, o que rueda como un diamante en el fondo del cáliz de una flor.

No le veré más. La celda que me está destinada cae a un patio cerrado por altas paredes; por la abertura de un arco, veré tan sólo un rincón del cementerio; trataré de que me concedan ese rincón para sepulcro.

Es preciso tener lo más cerca posible lo que uno desea alcanzar prontamente.

¡Oremos!

Carta cuadragésima quinta

A las nueve de la mañana.

Los cánticos se acercan y vienen a buscarme. No quiero que esos hombres suban aquí. No quiero que vean vuestras cartas, que vean este papel. No quiero que vean mis lágrimas.

Voy a esperarles en el umbral; el alma queda con vos; ellos no se llevan más que un cadáver.

Adiós.

El grito que exhaló la creación entera al expirar su Dios no es más profundo, más lastimero ni más desgarrador que el que yo exhalo a la muerte de nuestro amor.

¡Adiós, adiós, adiós!

Carta cuadragésima sexta

A las diez de la mañana.

¡Vuestra celda vacía, vuestra carta empapada toda en lágrimas, vuestro último adiós! Llego tarde por media hora.

¡Si no hubiese al menos pronunciado los votos todavía!

¡Dios mío, Dios mío, dadme fuerza!

¡Ah, paloma! ¡Si tuviese yo tu ala, aunque rota y débil!

Carta cuadragésima séptima

Fragmentos de una carta hallada en los archivos del convento de las ursulinas de Montolieu, y cuya primera parte falta.

... al amanecer salí de la aldea de Gamons, en donde, como ya os he dicho, querida madre en Dios, todo me hacía creer que él había estado por el día.

Había interrogado a toda la familia del pobre aprendiz de carpintero herido, y por sus señas lo hubiera reconocido, aunque mi corazón no me hubiese dicho que era él. Además, estas palabras que pronunció al dejarles:

«Ya que estáis consolados, rogad por el que os ha traído el consuelo», no podían salir sino de aquella alma dolorida y próxima a consagrarse a Dios.

Recobré, pues, fuerzas con la esperanza de volverle a ver; si tomaba un caballo o un carruaje tenía que dar un rodeo inmenso para llegar a aquella casita que se me presentaba como un punto blanco, cerca de aquel vasto y sombrío convento de los camaldulenses, que, aunque distante unas tres leguas en línea recta, me enviaba el ruido de sus campanas en alas del viento.

Al salir de la aldea solté a la paloma, y la pobrecilla dio uno de sus vuelos más largos, cerca de doscientos pasos, en la dirección de la casa que devoraban mis ojos. No me quedaba ya la menor duda; la proximidad del término del viaje le había dado, como a mí, nuevas fuerzas.

Por desgracia, no había trazado camino alguno, y tenía que seguir la pendiente de la montaña, unas veces cortada por barrancos, otras surcada por arroyos y sembrado de bosques, en los que no osaba aventurarme por miedo de perderme.

Caminé tres horas sin detenerme; pero apenas anduve en ellas dos leguas a causa de los rodeos.

Muchas veces desaparecía la casa de mi vista, y sin mi querida paloma me hubiera extraviado indudablemente. La lanzaba a los aires y seguía la dirección que me trazaba su vuelo.

Al fin me pareció que conforme estaba más cerca, era más accesible el camino. Oí dar las ocho en una aldea inmediata, y no sé por qué me pareció que el tañido de aquella campana tenía algo de triste que me oprimió el corazón. No parecía sino que cada hora, al pasar junto a mí sobre sus alas de bronce, me decía:

—¡Apresúrate, apresúrate!

Me di pisa, y no tardé en distinguir la casita con todos sus detalles. Conforme me iba acercando, reconocía la descripción que él me había hecho, la ventana por donde contemplaba la salida del sol, el jazmín que daba sombra a esa ventana, y que de lejos me hacía el efecto de una verde empalizada.

Por un momento creí verle en aquella ventana, y, ora fuese ilusión ora realidad, extendí los brazos y lancé un grito.

¡Ay! Todavía estaba a más de un cuarto de legua. No me vio ni me oyó.

Las campanas del convento sonaban sin cesar; recordé, a pesar mío, aquel tañido nocturno y continuado que precedió al acto de tomar yo el hábito, y a veces cruzaba por mi mente y mi corazón la terrible sospecha de que aquel toque de campanas era por él. Pero me decía a mí misma, moviendo a uno y otro lado la cabeza: ¡No, no, no!

Llegué más cerca y entonces una larga procesión compuesta de monjes que se dirigían a la casita blanca, y que un momento después volvieron a tomar el camino del convento. ¿Qué iban a buscar en aquella casa?

¿Era una persona viva o un cadáver?

Iba a saberlo, pues sólo me hallaba a unos cien pasos de la casa, cuando un torrente me cerró el paso.

Descendía tan rápido, tan cargado de piedras y de fango, parecía tan profundo, que ni siquiera intenté cruzarlo.

Subí corriendo hacia su nacimiento, a pesar de mi fatiga, pues mi instinto me decía que llegaría hasta aquella casa. Verdad es que allí me abandonarían probablemente todas mi fuerzas.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha llegué a un árbol tendido de una orilla a otra. En cualquiera otra ocasión no hubiera osado aventurarme en aquel puente movable, aún cuando al otro lado hubiera estado el Paraíso. Pero entonces me subí a él, y lo atravesé con paso seguro, como lo había medido con mirada segura.

Luego que llegué al otro lado no tropecé con más obstáculos; había trazado una especie de camino, continué mi viaje, y únicamente apresuraba el paso a medida que me iba acercando. Llegué al fin al término tan deseado; la puerta estaba abierta, pasé el umbral y me lancé por una escalera que había a mi derecha, silenciosa y sin llamar a nadie. No me atrevía a hacerlo desde que llegué a la puerta, pues tenía la convicción de hallar vacío el cuarto. La habitación estaba en efecto vacía, la ventana abierta, y sobre una mesa había una carta humedecida aún en lágrimas.

Esa carta, ¡oh madre mía! Cuyas últimas líneas estaban trazadas hacía media hora, esa carta era su último adiós.

Llegaba tarde por media hora; él estaba en la iglesia pronunciando sus votos.

Sentí temblar la casa bajo mis pies, y me pareció que todo giraba en torno mío. Principié un gemido que debía terminar con mi último suspiro, cuando de repente se me vino la idea de que el sacrificio no estuviese aún consumado, de que no hubiese pronunciado todavía los votos. Me lancé fuera de la casa, tomando por instinto a mi paloma, que se había posado sobre una rama de cedro.

El convento distaba unos cien pasos; pero aquella vez sabía bien que no me quedarían bastantes fuerzas para llegar a la iglesia. No me quedaba más que un resto de razón en el cerebro y un resto de aliento en el pecho.

Oía a los sacerdotes cantar el *Magnificat*, y al órgano entonar el *Veni Creator*.

¡Dios mío, Dios mío!, sólo me quedaban algunos segundos.

¡Oh, desgracia! La iglesia se me presentaba por el lado de la nave, y necesitaba dar la vuelta para hallar la puerta.

La ventana central estaba abierta, pero ¿cómo esperar que mi voz dominara el ruido del órgano y el cántico de los sacerdotes?

Traté no obstante de gritar, y no pudo salir de mi pecho más que un sordo gemido. Hay momentos en que uno comprende que todo le abandona y todo está perdido. Sentí confundirse mis ideas y apoderarse de mí un quebranto general, pero en medio de aquel caos cruzó por mi pecho un relámpago, una llama, una luz.

Lancé la paloma por la ventana abierta, y caí desmayada.

¡Bondad divina! Cuando volví en mí, me hallaba en sus brazos.

Tenía ya el hábito de monje, la tonsura de abate; y sin embargo, era mío.

¡Mío para siempre!

La paloma, bajando como el Espíritu Santo, sobre un rayo de sol, había interrumpido el juramento ya principiado por sus labios.

Paloma querida, serás esculpida sobre nuestra tumba, dormida en nuestras manos entrelazadas.

He prometido escribiros si le hallaba, ¡oh santa madre mía! Dios en su misericordia ha permitido que le halle, y os escribo.

Vuestra respetuosa y reconocida hija,
Isabel de Lautrec, condesa de Moret.
Palermo, 10 de septiembre de 1638.